

Acad - II
Esp - 85

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ALEMANY Y BOLUFER

EL DÍA 14 DE MARZO DE 1909



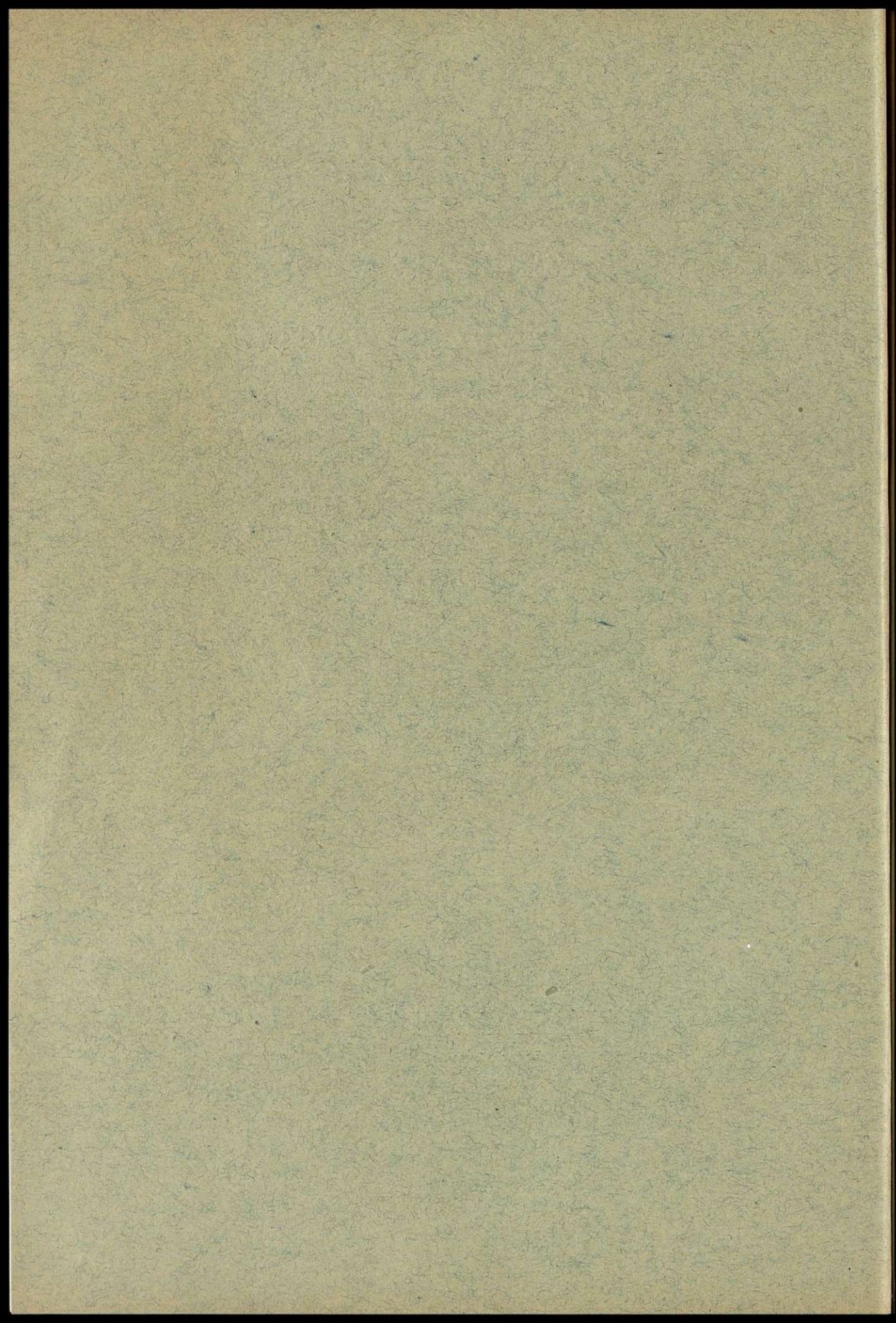
MADRID

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

1909



R. 40689

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ALEMANY Y BOLUFER

EL DÍA 14 DE MARZO DE 1909



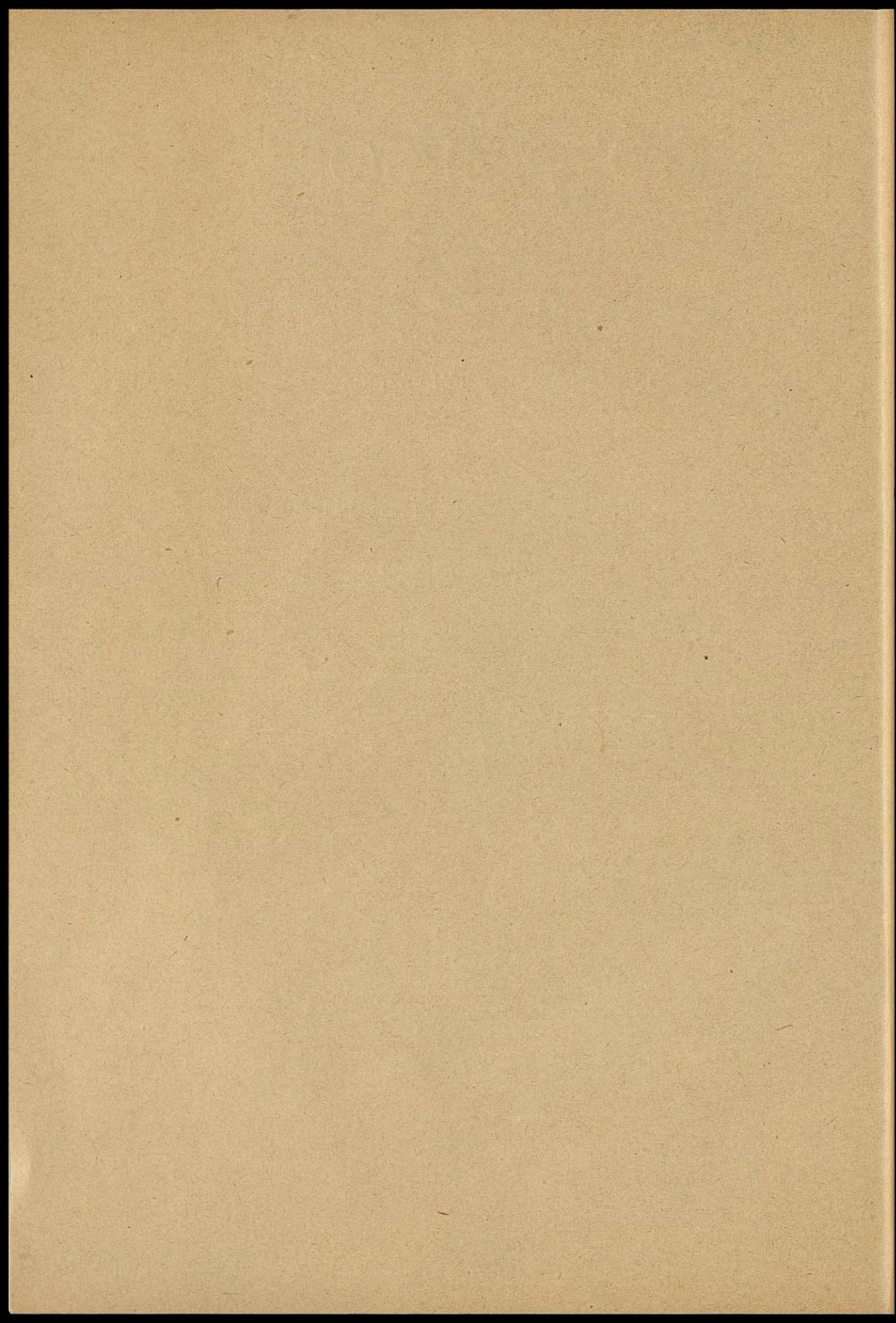
MADRID

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

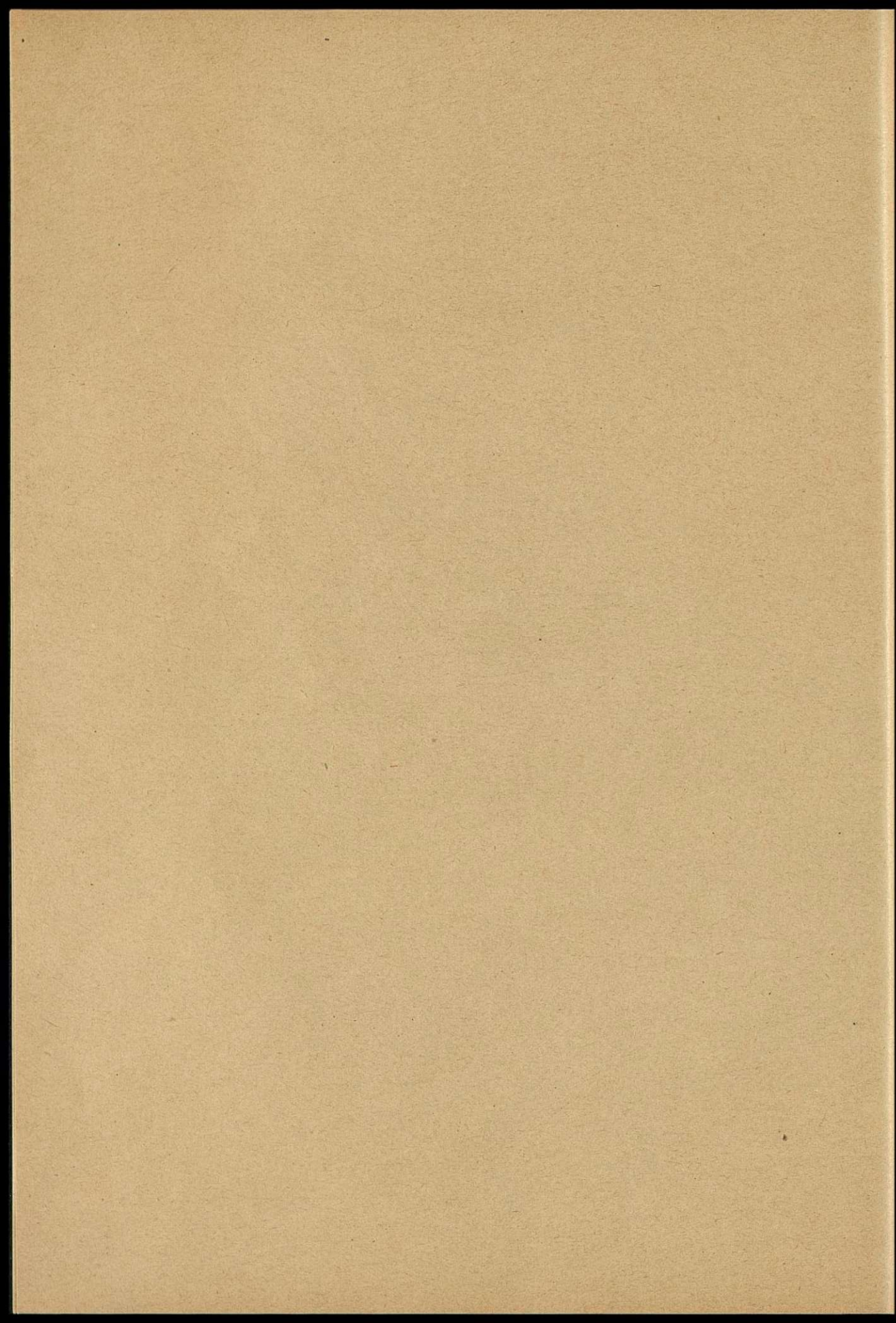
1909



DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ALEMANY Y BOLUFER



SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuentan los historiadores árabes, que cuando el califa Otmán, tercer sucesor de Mahoma, subió por primera vez á la cátedra á predicar á su pueblo, no supo cómo empezar su sermón, y se limitó á exclamar: «Señores, comenzar es muy difícil,» y sin decir más, se bajó. Lo mismo que á Otmán ocurrió al que hoy se presenta por vez primera ante esta honorable reunión de sabios, en el momento de empezar á redactar el discurso que vais á oír. Ni sabía cómo ni por dónde empezar. Por fin, después de larga vacilación y de considerar que si persistía en imitar al mencionado Califa, haría inútil la buena voluntad con que le habéis distinguido al elegirle para ocupar la vacante que dejó el Excmo. Sr. Conde de Liniers, se decidió á escribir, cediendo, más que á otro impulso, al del sentimiento de gratitud que tiene para con vosotros, quien sólo por vuestros sufragios llega hoy á ocupar un sillón en esta Academia.

Y como al considerar los motivos de mi elección creí que me habíais elegido, más que por mis escasísimos méritos, por el cargo de Catedrático de Lengua griega que desempeño y por la muestra que en algunas traducciones he dado de tener afición al estudio del sánscrito, pensando en el tema que habría de desarrollar en la solemne sesión que nos tiene aquí reunidos, juzgué que era mi deber hablaros de algo relacionado con el estudio de aquellas lenguas. Muchos son los puntos discutidos hoy entre filólogos y lingüistas acerca de los distintos problemas que suscita aquel estudio, entre los cuales hay uno del que no tengo noticia de que se haya estudiado con la amplitud con que os lo voy á presentar. Me refiero al orden de las palabras en la frase; pero estudiado, no en detalle como se está estudiando al circunscribirlo á determinada categoría de palabras, ó á tal ó cual escritor, ó á limitada época de la historia de una lengua, sino mirado en su conjunto, relacionando la

sintaxis con la morfología de las lenguas indo-europeas, y viendo, por fin, si el orden que los gramáticos tienen por regular y lógico, es el único que merezca tal nombre, ó si, por el contrario, puede darse otro tan lógico y natural como aquél y le sea diametralmente inverso. Pero antes de entrar en materia, considero estricta obligación mía dedicar un piadoso recuerdo al que fué eximio Académico en esta docta Casa, al Excmo. Sr. Conde de Liniers.

No tuve la dicha de tratarle personalmente; y repito que no tuve la dicha, porque la lectura de sus obras deja en el ánimo tan suave y placentera impresión que, á juzgar por ellas, su autor debió ser, sin duda, una persona sobremanera simpática y por todos conceptos estimable. Liniers fué, en efecto, como él mismo nos dice, un enamorado de la patria española, hacia la cual sentía, según se desprende de sus obras, un amor comparable al que por Atenas sentían los atenienses del tiempo de Pericles. Fué, además, un sincero y convencido católico. Y estos dos sentimientos debían estar tan íntimamente compenetrados en él, que rebosan por casi todas las páginas de sus obras. No son éstas muchas, pues Liniers no fué uno de aquellos que escriben sólo por escribir y publicar; no cultivaba el arte por el arte, sino que sabiendo que

*omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci,
lectorem delectando pariterque monendo,*

comunicaba á sus escritos «cierta virtud didáctica y correctora de costumbres,» como dijo muy acertadamente el eximio Valera.

El sentimiento religioso y el patriótico se enlazaban, además, en Liniers con otra cualidad que aún le hace más digno de mi admiración. Me refiero á la naturalidad y encantadora sencillez que respiran todas sus producciones. Enemigo de todo lo artificioso y convencional, llama á los *Guías del viajero* «Códigos de entusiasmos forzosos y de admiraciones de encargo (1).» Desdeña por falsa y amanerada la poesía «de pastores enamorados y de almibaradas zagalas que inventaron para solaz de su gastada imaginación todas las literaturas decadentes (2),» y siente entusiasmo y halla poesía en la clara y tenaz labor del campesino que riñe á brazo partido

(1) Al comienzo de su novela *Alza y Baja*.

(2) Op. cit., pág. 211.

con la madre tierra para sacar de ella su sustento. Bien sabía, como nos dice (1), que «la naturalidad y sencillez son las prendas más seguras del verdadero mérito,» y por eso no desdeña á los humildes campesinos, á quienes nos presenta en su novela, no como seres rudos y despreciables, sino como prójimos á quienes hay que disculpar, mejor que á las demás clases de la sociedad, los defectos de que adolezcan. Liniers era de la alta sociedad, y sus sátiras van todas dirigidas contra esa misma sociedad á que pertenecía; fué periodista, y no excluye de ella á los de su misma profesión. Como Eurípides, siente simpatía por lo silencioso y generalmente no interpretado, y encuentra belleza y poesía en los seres tranquilos no mencionados por el mundo (2); y como Eurípides, debió sufrir, sin duda, abundantes desengaños en su trato natural y franco, cuando llega á decir que la sencillez y naturalidad no andan por el mundo de los vivos, sino que «viven refugiadas desde hace mucho tiempo en el tranquilo é inofensivo mundo de las plantas (3).»

Su amor á España le sugiere la siguiente máxima que habrían de tener presente cuantos se complacen en denigrar la patria en que viven: «La admiración hacia lo propio es virtud que favorece el patriotismo y desarrolla y alienta la actividad nacional (4);» y ese mismo sentimiento le inspiró las graciosas composiciones que, con el título de *En la comedia italiana* y *En la comedia francesa*, se leen en su obrita LÍNEAS Y MANCHAS.

Atento observador de los defectos y flaquezas de sus contemporáneos, escribió, con el deseo de corregirlos, además del precioso folleto titulado la *Filocalia ó arte de distinguir á los cursis de los que no lo son*, el *Novísimo espejo y doctrinal de caballeros*, y la mayor parte de los graciosos poemitas que se leen en *Líneas y Manchas*. Pero es preciso tener en cuenta que la sátira de Liniers no es cáustica ni mordaz; es una sátira templada y suave: pone de manifiesto los defectos del prójimo con el laudable y caritativo fin de corregirlos, pero no con el propósito de recrear y divertir á quien le lea á costa de aquellos á quienes fustiga. Se ríe uno del defecto

(1) Op. cit., pág. 522.

(2) Véase el carácter de los personajes de su novela, y compárense unos y otros según la categoría social á que pertenecen.

(3) Op. cit., pág. 523.

(4) Ibidem, pág. 75.

ó flaqueza, no del sujeto en que la encuentra. Aquel terminar del poemita titulado *En coche*, en que el buen padre, que por sí no tendría tal vehículo y lo mantiene por sus hijas, en un día en que nadie quiere servirse de él, tiene que salir por fuerza, y al volver á casa se encuentra con que ha de pagar otros cuatro de alquiler, es de lo más gracioso que puede darse; y más aún lo es la conformidad con que el buen señor se resigna, diciendo al cochero, que le pide órdenes para el día siguiente: «Pues mañana, haremos lo mismo, lo mismo que hoy, Juan; exactamente lo mismo.»

Manejaba Liniers el habla castellana con tanta facilidad, que la lectura de sus escritos ni cansa ni exige esfuerzo intelectual alguno para comprenderle. Es lástima que no escribiera más quien, poseyendo tan á maravilla la lengua y sintiendo tan intenso amor á España, escribía sin mortificar ni hacer escarnio de nadie. Varón tan prudente y ejemplar, bien pudo repetir como propias en los supremos momentos de su vida, las siguientes palabras que pone en boca del párroco de su poemita titulado *El último sermón*:

«Estoy tranquilo, y en lo posible..... al fin soy hombre..... contento. He vivido, he hecho algo..... he amado. Muero sin enemigos..... no los conozco al menos..... ó si alguno tengo, le perdono. Así Dios nos perdone á todos.»

El tema de mi discurso puede ser considerado desde el punto de vista de la Lógica y de la Gramática. Las palabras son signo de las ideas; tratar del orden de las palabras es, en cierto modo, tratar del orden de las ideas, y esta sola enunciación nos pone de manifiesto la importancia del asunto. Esta importancia ha sido reconocida en todas las épocas de cultura, y no han faltado pensadores que se hayan dedicado á su estudio desde la antigüedad hasta nuestros días; pero no tengo noticia de que el problema se haya abordado de frente, haciéndolo general á toda una familia lingüística, y utilizando para su solución todos los recursos que nos proporciona el análisis de las formas del lenguaje. Así no es de extrañar que escritores notabilísimos hayan publicado preciosos tratados henchidos de profunda doctrina filosófica y lingüística, y no hayan encontrado la explicación de un hecho que, mirado bajo el

aspecto en que os lo voy á presentar, es de lo más sencillo que puede darse. Es entre esos tratados el único, que yo sepa, que estudia el orden de las palabras relacionando las lenguas antiguas con las modernas, y que se tiene por uno de los mejores que se han escrito acerca de este particular, y lo es, sin duda, el publicado por M. H. Weil en 1844 y reimpreso en 1868 en el primer fascículo de la *Collection philologique* (1): tratado escrito con profundo conocimiento de las lenguas que en él estudia, pero que, como lo circunscribe á la parte de la Gramática que generalmente se llama sintaxis, á pesar de las profundas y atinadas observaciones de que está lleno, no resuelve la cuestión (2).

Si comparamos la estructura de la frase en las lenguas neo-latinas, y especialmente en el francés, con la que nos ofrece la lengua latina de la cual aquellas son continuación, nos extraña sobremanera el orden de colocación de las palabras en esta última, como nos extraña también el orden con que se disponen en la frase alemana y en la inglesa, á pesar de ser estas lenguas en su origen de la misma familia que aquéllas. Si pudiera darse el caso inverso, es decir, que un escritor latino ó griego tuviera que traducir de una lengua neo-latina á la suya propia, creo que no se admiraría del orden en que nosotros disponemos las palabras, sino que lo aceptaría como más natural y lógico que el de su propia lengua. Esto no es suposición gratuita, sino que, como vais á ver, los mismos autores que escribían en griego y en latín, con el hipérbaton y demás licencias que los gramáticos distinguen en la sintaxis de estas lenguas, publicaban tratados acerca del orden de las palabras en la frase y exponían en ellos la misma doctrina que ha llegado hasta nuestros días, distinguiendo el orden regular y el orden figurado ó hiperbático.

Dionisio de Halicarnaso, maestro profesional de Retórica del tiempo de Cicerón, hombre de algún ingenio y de mucho entusiasmo, pero sin interés alguno por otra cosa más que por la técnica

(1) *Recueil de travaux..... relatifs à la Philologie et à l'Histoire littéraire*, avec un avant-propos, de M. Michel Breal.

(2) Consta de introducción y tres capítulos, en los que estudia: I. El principio del orden de las palabras.—II. Relación entre el orden de las palabras y la forma sintáctica de la proposición.—III. Relación entre el orden de las palabras y el acento oratorio.

de la Retórica, consagró un tratado particular á la σύνθεσις ὀνομάτων. En él se atribuye la invención de un sistema artificial según el cual, los sustantivos, puesto que expresan la substancia, deberían preceder á los verbos que expresan el accidente; los verbos á su vez deberían colocarse antes que los adverbios, porque, según dice, la acción es anterior, por su naturaleza, á las circunstancias de modo, lugar, tiempo, etc.; los adjetivos deberían seguir á los sustantivos, el indicativo preceder á los demás modos, etc. Pero el retórico griego añade en seguida que esta doctrina, aunque hermosa, es rechazada por la experiencia; que no hay que atribuirle importancia, y que no tiene ningún valor positivo. Quintiliano (IX, IV, 24) expone el mismo sistema, que desecha igualmente por demasiado rebuscado y contrario á la práctica.

Demetrio, el autor del tratado de *Elocutione* (περὶ Ἑρμηνείας) recomienda el orden de las palabras que llama natural (φυσικὴ τάξις) y establece una teoría que él mismo no practica en el tratado en que la expone. Cree este escritor que toda proposición que no comience por el sujeto, carece de claridad y pone en tortura al que habla y al que escucha (1). Los modernos gramáticos han erigido en regla general la teoría rechazada por Dionisio y Quintiliano. Las causas que han contribuído al triunfo de esta teoría, las expone Weil muy acertadamente; pero hay que invertir el orden de importancia en que las coloca. «Las necesidades de la enseñanza, dice; el genio de nuestras lenguas, y puede también que la tendencia analítica de nuestro espíritu, han hecho la fortuna de esta teoría.»

De estas tres causas, la última, es decir, la tendencia analítica de nuestro espíritu, es la más importante y eficaz, y la única que decidió del genio de nuestras lenguas; tendencia que venía influyendo desde remotísima época en el habla de los pueblos indo-europeos, invirtiendo poco á poco el orden de colocación de las palabras, hasta llegar como punto final de la evolución, al orden que hoy observa el francés.

Acabamos de ver en pugna la teoría y la práctica de los antiguos retóricos en asunto tan familiar como el lenguaje y de uso tan ordinario; y la causa de esa contradicción no es otra, á mi entender, sino el haber querido aplicar al lenguaje los principios de la Meta-

1 V. Weil, op. cit., pág. 9. La misma doctrina defiende Prisciano.

física. El lenguaje es expresión del pensamiento; los elementos de éste han de encontrarse expresados en aquél; el análisis lógico de la oración, descubre en ella los elementos sujeto y predicado, unido éste á aquel, cuando sea nominal, mediante la cópula. Cuando el predicado sea un verbo transitivo, añaden, necesita del complemento llamado directo etc., etc. Analizados así los elementos del juicio y confundiendo el orden lógico ó gramatical con el metafísico, establecieron que no podía haber lógica en la ordenación de las palabras, si no se colocaban éstas en el mismo orden en que ellos habían clasificado los elementos del juicio.

Beauzée, que en el siglo XVIII sostuvo contra Batteux la discusión más larga y animada que se ha sostenido acerca de este particular, discurría del siguiente modo: «La proposición, dice, es la expresión total de un juicio, y se descompone en dos partes, una cosa y una manera de ser, entre las cuales se establece una relación de conformidad ó de disconformidad. Estas dos partes son el sujeto y el predicado. Es preciso, pues, enunciar primero el sujeto y después el predicado, so pena de faltar al orden lógico.» Respecto de la oración, *Darium vicit Alexander*, decía: «¿De quién parte la acción? De Alejandro; pues bien: hay que colocar este nombre en primer término, y en último el de Darío. El verbo que expresa la relación entre los dos nombres, es el término medio y debe colocarse entre ambos. Es preciso, pues, decir: *Alejandro venció á Darío*. Ordenar las palabras de otro modo, es trastornar la naturaleza en la misma forma que la trastornaría un pintor que nos dibujase un árbol con las raíces arriba y las ramas hacia abajo.»

Así discurría este sabio, acusando de faltar á la lógica á los mismos maestros que la habían inventado, y lo hacía con la misma lógica que de ellos había aprendido. El error está, como ya lo hemos dicho, en haber confundido el orden metafísico con el lógico y gramatical. Si en aquel, la substancia ó el sustantivo es anterior á la cualidad, modificación ó adjetivo, en éste, ó sea en el orden del conocimiento y de la expresión, sucede todo lo contrario. Lo primero que de los objetos percibimos antes de formar concepto de ellos, son las cualidades, los atributos, y sólo en virtud de éstos damos nombre á aquéllos. Los nombres todos han sido antes adjetivos. Si, pues, la expresión ha de seguir la misma marcha que el orden del conocimiento, preciso es que afirmemos primero la cualidad ó atributo, y luego la substancia á que decimos conviene

aquella cualidad. Discurriendo de este modo, se llega á conclusiones diametralmente opuestas, y se justifica el orden de colocación de las palabras en las lenguas antiguas, sin necesidad de decir que se trastorna la naturaleza.

Bien conocida es, señores Académicos, la diversidad que en su construcción nos ofrecen las lenguas habladas en Europa, tanto en el modo de ordenar las palabras que constituyen un grupo sintáctico en la frase, como en el lugar que en la misma asignan al verbo. Mientras las neo-latinas construyen la palabra regente antes de la regida, y colocan el verbo por lo general en medio de la frase, el turco procede al revés, colocando siempre el término regente después del regido, y el verbo al final de la proposición. En aquellas y en ésta la construcción es fija, contrastando con la libertad que en este particular nos ofrecen el griego y el latín, en cuyas lenguas se nos ofrece la sintaxis enteramente libre, sin sujeción á ninguna de las trabas que la ligan en aquellas. Filósofos y gramáticos han discutido acerca de la bondad y perfección de cada una de estas diferentes maneras de ordenar las palabras, y según la ordenación de éstas, han dividido las lenguas en analógicas ó analíticas, y transpositivas ó inversivas. Weil acepta esta división; pero propone que se la sustituya por la de lenguas de construcción fija y lenguas de construcción libre. La construcción libre, añade, es propia de las lenguas de flexión, así como la fija lo es de las que la han perdido.

Esto no es verdad más que en parte, porque el turco tiene declinación y su construcción es fija. La afirmación de Weil resulta verdadera comparando la construcción del latín con la de las neo-latinas que han perdido la flexión; pero hemos de hacer constar que la causa de la construcción fija que tienen estas lenguas, no está en la pérdida de la flexión, sino que la pérdida de ésta es efecto de la misma causa que fué cambiando desde muy antiguo en las lenguas inpo-europeas el orden de colocación de las palabras en la frase, y, por lo tanto, el orden en la manera de concebir la relación entre la palabra determinante y la determinada; es decir, que el cambio que observamos en la construcción de las modernas lenguas de Europa comparada con la de sus antepasadas indo-europeas, es más psíquico que fonético; no es debido á la pérdida de la flexión, como generalmente se afirma, sino que la pérdida de ésta y aquel cambio son efecto de una misma causa. Esto es lo que me propongo demostrar en este discurso, para lo cual solicito vuestra bené-

vola atención. Y para proceder con la mayor claridad posible, dividiré mi trabajo en los siguientes artículos que expondré sucesivamente:

I.—Orden de colocación de las palabras en las lenguas neo-latinas, en alemán y en inglés, en latín y en griego.

II.—El orden de colocación de las palabras que forman un grupo sintáctico, fué en la lengua indo-europea el de la construcción ascendente, el mismo que hoy conserva el turco, colocando la palabra regente después de la regida.—Demostración de esta tesis:

A.—Análisis de los temas nominales en sánscrito, griego y latín.

B.—Análisis de los compuestos en las mismas lenguas.

C.—Análisis de las formas casuales y sustitución de las desinencias de caso por preposiciones.

D.—Análisis de las formas verbales.

E.—Lugar de las conjunciones.

F.—Construcción del relativo.

G.—Conclusión. Construcción de la frase en las lenguas tártaras.

I

Construcción de la frase en las lenguas neo-latinas, en alemán, inglés, griego y latín.

En las lenguas neo-latinas, y en la que más se distingue por la fijeza de su construcción, que es la francesa, exige la regla fundamental que se coloque en primer lugar el sujeto seguido de sus complementos, y después el verbo seguido de los suyos; es decir, que se coloque la palabra regida después de la regente.

El alemán concuerda con el francés en un punto muy importante. Construye dicha lengua toda proposición principal, colocando el verbo en medio de la frase, precedido del sujeto y seguido del complemento—*Gott schuf die Welt*: Dios creó el mundo;—pero en cuanto á los complementos del sujeto y de la parte atributiva del verbo, los coloca generalmente delante de los términos cuya significación completan. El adjetivo precede al sustantivo; pero va precedido de sus complementos. Si el verbo está en tiempo com-

puesto, sólo el auxiliar se coloca en medio de la frase, y la parte atributiva del verbo (participio ó infinitivo) se coloca al fin, precedida de su complemento; y entre los complementos, el que está más íntimamente relacionado con el verbo, ó sea el llamado directo, se coloca en último lugar precedido del complemento indirecto que á su vez va precedido de los complementos circunstanciales. Así se dice: *Eine plötzliche Freude hat diesem Unglücklichen das Leben gekostet* = Una súbita alegría há á este infeliz la vida costado. *Von der Mitwelt verkannte Dichter erwarten von der Nachwelt ein gerechteres Urtheil* = Por sus contemporáneos menospreciados (los) poetas, esperan de la posteridad un más equitativo juicio. *Man weiss, das Rom den unterworfenen Völkern seine Sprache aufzwang* = Se sabe que Roma á los sometidos pueblos, su lengua impuso.

La lengua inglesa ha adoptado el orden del francés para la colocación de los complementos del verbo; pero conserva el orden alemán en los complementos del nombre, colocando el sustantivo después del adjetivo que á él se refiere y después de los sustantivos regidos por el mismo sin intermedio de preposición. *The king's eldest son has given a feast to the citizens* = El del rey mayor hijo, ha dado una fiesta á sus conciudadanos. *Des königs ältester Sohn hat den Bürgern ein Fest gegeben*. De modo que comparado el orden en que aparecen dispuestos en estas tres lenguas los términos sujeto, atributo del sujeto, término regido del mismo, verbo auxiliar, parte atributiva del verbo, complemento directo y complemento indirecto, resulta: Francés: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.—Inglés: 3, 2, 1, 4, 5, 6, 7.—Alemán: 3, 2, 1, 4, 7, 6, 5.

Todos estos distintos órdenes pueden encontrarse en la construcción griega y latina, aunque no sea tan fácil hallar ejemplos en que se cumplan exactamente uno ú otro. No tenían traba, y construían con la mayor libertad, observando un orden ú otro ó mezclándolos en una misma frase. Por lo que respecta al sujeto, verbo y complemento, véase el orden de la construcción francesa en este ejemplo de Jenofonte (Anab., I, 2): 'Ο Κῦρος ἀπέπεμπε τοὺς δασμοὺς βασιλεῖ = Ciro enviaba los tributos al rey. En cambio, estúdiese el orden en que se nos ofrece esta cláusula de Platón (Critias III, 110): μυθολογία γὰρ καὶ ἀναζήτησις τε τῶν παλαιῶν μετὰ σχολῆς ἅμ' ἐπὶ τὰς πόλεις ἔρχεσθον, ὅταν ἴδῃτον τισιν ἤδη τοῦ βίου τὰ ἀγαθὰ κατεσκευασμένα, πρὶν δὲ οὐ, que traducido en el mismo orden dice así: la mitología, pues, y la investigación también de las an-

tigüedades, con holgura á la vez en las ciudades entran las dos, cuando ven por algunos ya de la vida las necesidades provistas; antes, empero, no. En este ejemplo vemos la proposición principal antes que la subordinada, el sujeto antes del verbo; pero interpuestos entre ambos los complementos circunstanciales de modo, tiempo y lugar. El genitivo va delante del sustantivo de que depende en la primera oración; pero en la segunda va detrás. El dativo *τισίν* va delante del participio que le rige, interponiéndose entre ambos el complemento del verbo anterior y el genitivo dependiente de éste. En este otro ejemplo de Jenofonte empieza la oración por el dativo, al que sigue el acusativo que á su vez precede al verbo: *Μένωνι δὲ καὶ δῶρα ἐλέγετο πέμψαι* = á Menón y también, regalos mandó enviar. En este otro precede el verbo al sujeto: *συνείπετο δὲ καὶ τὸ ἄλλο στρατεύμα αὐτῷ ἔπαν* = siguió y también el ejército, con él, todo.

Finalmente: cuando varias palabras concurren á la expresión de una idea compleja, formando un grupo sintáctico, pueden aparecer en estas lenguas ordenadas de cuatro modos distintos.

a) El término regido ó complemento sigue al término regente. Esta es la construcción regular de las lenguas neo-latinas.

b) El complemento precede al término de que depende. Construcción inversa, comparada con la anterior.

c) El complemento precede al término que completa; pero va precedido á su vez de una palabra que está íntimamente unida á este último; así (Cic. Pro lege Man., c. 3): *Uno nuntio atque UNA litterarum* SIGNIFICATIONE. (Idem c. 9): *In ipso illo malo GRAVISSIMAQUE belli* OFFENSIONE.

d) El complemento va separado del término con el que está sintácticamente unido por una ó más palabras que pertenecen á otro grupo sintáctico. Ejemplo: *animorum nulla in terris origo inveniri potest*.

El griego posee, además, la construcción de la aposición explicativa mediante el artículo, así: *ὁ διδάσκαλος ὁ τοῦ χοροῦ* = el maestro el del coro.

II

La construcción de la lengua indo-europea fué la ascendente, ó sea la que construye la palabra determinante delante de la determinada.

Acabamos de ver la variedad de construcción que nos ofrecen en sus respectivas sintaxis el griego y el latín, el alemán y el inglés y las lenguas neo-latinas. Es evidente que esa variedad no implica diversidad de familia lingüística, pues todas las lenguas dichas corresponden á la indo-europea. Supone solamente, en mi concepto, época distinta en el desarrollo histórico de esas lenguas; grado distinto en la evolución lingüística, y, por tanto, diversa manera de combinar los elementos del lenguaje para expresar el pensamiento; distinto orden en el modo de encarnar en la palabra las ideas según éstas van surgiendo en la elaboración intelectual. Por esto hemos dicho que la causa de la conversión de las lenguas sintéticas en analíticas, es más psíquica que mecánica, y que la pérdida de la flexión nominal no se debió al acento, sino á una evolución que en este particular se inició ya desde muy antiguo en las lenguas de esta familia, tal vez en la lengua madre; evolución que consistió en ir cambiando el orden de las palabras que constituían un grupo sintáctico, pasando de la construcción ascendente que es la natural en estas lenguas, á la descendente que es la propia de las neo-latinas, y especialmente del francés.

Para la mejor inteligencia de cuanto voy á exponer, creo necesario manifestar que, en el estudio de las lenguas, la sintaxis es la parte principal, y casi puede decirse la única de toda gramática. No hay lenguas sin sintaxis, pero hay muchas sin morfología; y la morfología, en las lenguas que la tienen, no es más que una parte de la sintaxis, lo mismo que el tratado de la formación de palabras por derivación y por composición. Esto es tan claro y evidente que, para traducir á las actuales lenguas europeas un caso cualquiera de la declinación, latina por ejemplo, necesitamos dos ó más palabras, que habremos de colocar en el orden en que lo exija la lengua á que se haga la traducción; orden que en las neo-latinas

es el de preposición y nombre, pero que en turco es al revés, el nombre delante y lo que nosotros llamamos preposición detrás: así, por ejemplo, el locativo *domi* lo traducimos nosotros por *en casa*; pero los turcos lo traducirán por *ev-de*, es decir, *casa en*. Colocar las palabras en orden, es objeto de la sintaxis; luego la declinación es una parte de la sintaxis. Lo mismo debemos decir de las palabras compuestas, en las que, como se sabe, hay implícita una relación sintáctica entre los distintos temas, ó mejor nombres, que vienen á constituir la unidad morfológica que nos representa el compuesto. Fijémonos en la palabra sánscrita *chintavixagnas*, que traducida al castellano significa *el que disipa* (lit. mata), el malestar (lit. veneno) de la inquietud. De modo que necesitamos en castellano ocho palabras para traducir la significación de una sánscrita; y esas ocho palabras las hemos de colocar en cierto orden para que vengan á expresar lo mismo que aquélla; es decir, las hemos de ordenar según nuestra sintaxis. Y nótese de paso que el orden en nuestra lengua es diametralmente inverso al orden en que los temas aparecen colocados en sánscrito, que es el siguiente: *inquietud-veneno-mataador*. Vemos, además, que empleando palabras compuestas, no son menester preposiciones ni partículas de ninguna especie para indicar la relación que media entre los varios nombres que se juntan en el compuesto, sino que la relación entre los mismos viene indicada por el orden de su colocación; orden que es preciso observar, so pena de alterar la significación del compuesto, que vendría á significar cosa muy distinta. Compárese en alemán *Hausvogel* = ave de casa (doméstica), con *Vogelhaus* = casa de ave, jaula.

En corroboración de lo dicho, citaré á continuación una página de Amor y Ruibal (1), en la que expone la opinión de eminentes lingüistas acerca de este particular. «Para reconocer la importancia de las teorías sintácticas en la Ciencia del Lenguaje, basta recordar que la sintaxis encierra la razón formal de los idiomas y su valor ideológico, que es, en resumen, el valor único que los caracteriza; si puede haber idiomas sin morfología (los monosilábicos), no los hay ni puede haberlos sin sintaxis.» En este sentido, es muy verdadero que las Lenguas no empiezan sino por la frase; es decir,

(1) *Los problemas fundamentales de la Filología comparada*, tomo II, página 356, nota.

que ya se trate de una ó de muchas palabras y sean éstas de cualquier condición, siempre han de representar *ideas, juicios ó ratiocinios*, ó sea frases completas que, por lo mismo, son sintácticas. Entendida de esta suerte la afirmación de Sayce, que los primeros elementos de la lengua son frases, no podría negarse. Una simple interjección puede contener una proposición íntegra, y aun por eso decía Wolf que ésta podía ser expresada por un gesto. En igual sentido, dice Humboldt que «la lengua no puede resultar sino de una sola vez, ó más exactamente, debe en todo momento de su vida poseer aquello que la hace ser un todo. Ella va repitiéndose sucesivamente en círculos más amplios ó más estrechos dentro de sí misma: en la simple proposición, en cuanto reposa sobre la forma gramatical (syntaxis), ya existe unidad cumplida.» Más explícitamente escribe Pott: «La lengua no intenta sólo nombrar, sino que intenta decir algo, y para conseguirlo, recurre á los nombres como signos estables y medios al objeto. De aquí que intencionalmente deba comenzar con proposiciones, aunque una proposición haya de tener lugar mediante una sola palabra, bien sea que en esta palabra aparezca la distinción entre lo que se dice y el objeto de la afirmación, ó que con facilidad el oyente integre con su pensamiento el elemento que falta.»

Finalmente, añadiremos que la misma dicción *nombre* confirma por su etimología cuanto acabamos de decir, pues de los dos elementos que la constituyen [(g)*no men* en lat., *ovo-ma* en gr. y *nā-ma* por *jñāma* en sáns.], el primero ó raíz indica *idea de conocer*, y el segundo ó sufijo expresa el *resultado de la acción que indica la raíz*; de modo que, según esto, no es posible dar nombre á una cosa sin haber formado antes juicio acerca de lo que la misma sea; es decir, que la simple enunciación de un nombre en el período de formación de estas lenguas, supone una afirmación, resultado de un conocimiento en el que lo enuncia.

Tenemos, pues, que la morfología y la formación de palabras son partes de la syntaxis; y siendo así, queda muy justificado nuestro intento de relacionar la syntaxis griega, latina y sánscrita con la morfología de las mismas lenguas, para ver si el orden de colocación de las palabras en la frase obedece en ellas al mismo principio lógico, según el cual aparecen en la formación de palabras, en la declinación y en la conjugación los elementos que integran los temas y las formas casuales y verbales.

Orden de colocación de las voces que entran en la formación de los derivados y compuestos.

A).—ANÁLISIS DE LOS TEMAS NOMINALES

Lo que llamamos derivación y composición, son dos procedimientos de que se valió la lengua indo-europea para precisar ó completar la significación de los elementos fónicos del Lenguaje que la tenían indeterminada, ó que, teniéndola determinada bajo cierto aspecto general, necesitaban de otro elemento que viniera á precisar y completar aquella significación. Entendiéndolo así, no son dos procedimientos, sino uno mismo, según el cual á los elementos del lenguaje que tenían una significación general, se les unía otro que venía á especializarla y determinarla, ó mejor, á recibir en sí la idea significada por el primer elemento, del mismo modo que la idea de sujeto recibe y contiene en sí la del predicado. De este modo, de la unión del elemento que llamamos raíz con el elemento que llamamos sufijo, resultaba *una dicción, un nombre*, que expresaba un concepto de significación más concreta que la que separadamente tenían aquellos dos elementos; pero significación siempre general y aplicable á toda una clase ó especie de objetos á los que convenía, porque en un principio no hubo nombres propios: fueron todos apelativos, que designaban los objetos por las cualidades que en ellos más sobresalían.

Tomemos, por ejemplo, el nombre griego θυγα-τερ, sánscrito *duhi tar*, alemán *toch-ter*, inglés *daugh-ter*, en el cual encontramos dos elementos que, cualquiera que fuese la forma que tuvieran en su origen, no puede negarse que el primero, al que llamamos raíz, es representante de una voz que significa *idea de ordeñar*, y el segundo de otra voz que indicaba *el agente*. Unidas esas dos voces, que bien pudieron ir separadas en un principio, formaron el nombre propuesto, que significa literalmente *la que ordeña*, la hija. De modo que, de la idea de agente significada por el segundo elemento de la palabra, se predicó ó afirmó la acción de ordeñar, significada por el primer elemento, viniendo las dos juntas á expresar una clase ó especie de seres: aquéllos cuya ocupación era la de ordeñar.



No estará de más observar, aunque ya queda indicado, que al atribuir valor significativo á los dos elementos que entran en la formación del nombre θυγάτηρ ó *tochter*, no queremos decir que estos elementos tuvieran en la antiquísima lengua indo-europea la forma con que se nos ofrecen al hacer el análisis de tal palabra en una ú otra de las lenguas que de aquélla proceden, sino que en este ejemplo, y en todos aquéllos que se nos ofrecen con el carácter primitivo y no sean formados por analogía, la raíz y el sufijo son realidades de valor objetivo, y distan tanto de ser abstracciones como distan de poder decirse tales las equivalencias significativas que les corresponden. La raíz y los demás componentes de la palabra, son real y propiamente elementos verdaderos de substitución; de suerte, que la significación de una raíz puede recibir multitud de variantes, según la variedad de los sufijos, así como un mismo sufijo puede afectar á multitud de raíces que vengan á determinar ó concretar su significación.

Lo mismo que de θυγάτηρ podríamos decir de *nomen*, que antes ya hemos analizado, y de otros derivados; pero como estas formaciones han pasado á nuestras lenguas modernas, que continúan el mismo procedimiento de derivación, porque la tendencia analítica de nuestro espíritu no ha llegado á desunir ó separar las dos ideas que entran en la significación de estos nombres, nos concretaremos al análisis de los comparativos y superlativos. Formados éstos por la antigua lengua, del mismo modo que los demás derivados, han sido analizados por los pueblos neo-latinos que han separado la idea de cualidad de la idea de aumento, y empleado palabras distintas para la expresión de una y otra. El alemán, en este punto como en otros que ya veremos, no ha seguido la misma evolución que las lenguas procedentes del latín.

En griego y en sánscrito se emplean dos procedimientos para indicar los grados de comparación, de los cuales, el latín en general, ha conservado el sufijo más antiguo en la formación del comparativo y el más moderno en la del superlativo. Pero lo que nos importa hacer constar es, que en aquellas lenguas, no se forman dichos grados del positivo como parece que debería suceder, según nuestra manera de pensar, sino que á la par salían ó se formaban de una misma raíz el positivo, el comparativo y el superlativo, como puede comprobarse en las formaciones más antiguas. Tomemos, por ejemplo, la dicción raíz, que en la lengua indo-euro-

pea significó la idea de sabor grato ó suavidad, la cual se nos ofrece en sánscrito con la forma *svād*, en griego *ἡδ* y en latín *suad*. Unida al sufijo *u*, nos da el positivo *svādu* en sánscrito y *ἡδου* en griego. Si en vez de *u* se le une el sufijo *iāms*, sánscrito; **ἰονς* (1), griego, resulta el comparativo *más suave*; pero si se le añade el sufijo *ixtha* ó *-ιστο-*, tendremos el superlativo muy suave. De modo que tenemos:

Raíz.	Positivo.	Comparativo.	Superlativo.
svād-... + u = svādu	... + iāms = svādīyams	... + ixtha = svādixtha	
ἡδ-... + u = ἡδου	... + ἰονς = *ἡδιονς	... + ιστο = ἡδιστο	
idea de	suave.	más suave.	muy suave.
suavidad.			

Vemos, por este ejemplo, que el elemento de la palabra que significa la mayor intensidad ó aumento de cualidad, se junta á la raíz por el fin, lo mismo que el sufijo que con ella viene á determinar la cualidad, al contrario de lo que sucede en nuestras lenguas, que al traducir dichas formaciones por dos palabras, ponemos la determinante ó completiva delante y decimos *más suave* ó *muy suave*, en vez de *suave más*, *suave muy*, como se decía en aquéllas.

Lo mismo sucedió con los sufijos secundarios [sáns. *tara*, gr. *τερο*, lat. *tero*, para el comparativo, y—*tama*-*τατο*-y-*timo*—para el superlativo], con la diferencia de que éstos comenzaron á usarse en época en que los temas nominales estaban ya formados, ó mejor, en época en que el pueblo que hablaba estas lenguas concebía los temas como una unidad sin distinguir en ella el valor significativo del sufijo. Por esta razón añadió dichos sufijos no á la raíz, como había hecho antes, sino al tema constituido por una raíz y un sufijo. Y buena prueba de que el pueblo tenía conciencia de la significación que estos sufijos aportaban á la palabra con que se unían, es que los empleó, no sólo con los temas adjetivos, sino con

(1) Tal forma debió tener el primitivo sufijo griego de comparativo, según resulta de su comparación con el sánscrito y latino, además de que con dicho sufijo queda explicada la elisión de la *v* en la declinación de estos temas, sin necesidad de acudir, como hace Brugman, á la existencia de dos sufijos.

sustantivos, formas verbales, casos de la declinación y adverbios. El sánscrito nos ha conservado más ejemplos de esta variedad de uso de dichos sufijos: así, *uri*, hombre; *urítamas*, hombre perfecto; *pachati*, el cuece; *pachatimamām*, el cuece muy bien; *purvahne* (locativo), de mañana; *purvahnetare*, más de mañana. En griego tenemos *κύντερος* del sustantivo *κύων*. Además, el sánscrito y el latín nos ofrecen ejemplos en los que dichos sufijos van unidos á temas de superlativos primarios. Así, tenemos *jyexthata* = *jya* + *ixtha* + *tara*, que literalmente significa *más muy viejo*: *zrexthalama* = *zra* + *ixtha* + *tama*, equivalente á *muy excelentísimo*. Del latín citaremos á *postremior* y *postremissimus*, formados del superlativo *postremus*.

Todo esto nos indica que los sufijos que formaron los comparativos y superlativos por el primer procedimiento, después de haber estado en uso durante un lapso de tiempo, fueron perdiendo su significación; y el pueblo que gusta siempre de lenguaje vivo y pintoresco, empezó á emplear los sufijos secundarios, siguiendo en la colocación de éstos el mismo orden que había observado en la colocación de los primarios, es decir, en primer lugar la dicción que expresaba ó determinaba á qué cualidad se refería el mayor grado de intensidad significado por el sufijo. Pero cuando andando el tiempo perdió de nuevo el pueblo la conciencia ó sentimiento de lo que significaban estos sufijos, la evolución lingüística que se había iniciado ya en estas lenguas hizo que los reforzase primero y sustituyese después, no por otros sufijos—cosa que muy bien hubiera podido hacer, como lo había hecho al desechar los sufijos primarios,—sino por otras dicciones que ya no colocó después del positivo, sino delante: *μᾶλλον, ὅτε* en griego; *magis, plus, maxime*, etc., en latín. Estas dicciones, empleadas al principio para reforzar la significación de los comparativos y superlativos, acabaron con ellos hasta el punto de ser contadísimos los comparativos sintéticos que conservó el latín vulgar. Los superlativos que hoy tenemos son de origen erudito. No creo que sea posible determinar, por falta de datos, la época precisa en que empezó á usarse esta sustitución, ni puede tampoco determinarse—*natura non facit saltus*;—pero sí podemos decir que empezó desde muy antiguo, y que el procedimiento analítico, ó sea el de expresarse invirtiendo el orden de colocación de los elementos determinante y determinado, se inició tal vez en la lengua indo-europea.

B). — ANÁLISIS DE LOS COMPUESTOS

La formación de palabras por derivación está tan íntimamente relacionada con la formación de palabras por composición, que insistimos en afirmar que fué uno mismo el procedimiento que empleó la lengua indo-europea en unas y otras formaciones. Si tomamos, por ejemplo, el tema latino *dator-*, griego *δοτωρ-*, sánscrito *dat(a)r-*, veremos que en las tres voces la idea general expresada por la raíz *dā*, se especificó al juntarse con el sufijo *tor* que representa la idea de agente, ó de poner en ejecución lo que aquella raíz significa, que no es otra la significación de la palabra *dador*. El elemento determinante ocupa el primer lugar, pues los sufijos, como ya hemos dicho, no pudieron menos que ser primitivamente elementos significativos que se empleaban independientemente y que recibían de la dicción—raíz ó tema—que les precedía, la determinación de su significado general. Así, el sufijo *tor*, pospuesto á la raíz *da*, significa *dador*, el que da; á la raíz *fac*, *factor*, el que hace; á la raíz *μεν-*, *Mentor*, n. pr. el que piensa, etc., etc. De esta manera quedan íntimamente enlazadas la derivación y la composición de palabras.

Y lo mismo que el procedimiento de la derivación, el de la formación de palabras compuestas se remonta por sus orígenes á la época prehistórica de la lengua indo-europea, en la cual el tema puro y sin sufijos de ninguna especie podía aparecer en el lenguaje y desempeñar el oficio que hoy desempeña una palabra en la frase de las lenguas neo-latinas. Más claro: los temas en la lengua indo-europea fueron nombres al igual que lo son hoy los nombres de las lenguas neo-latinas, que, perdida la flexión, han reducido éstos á lo que fueron en un principio.

No todas las indo-europeas desarrollaron en igual grado este recurso de la lengua madre, ó mejor dicho, no todas las conservaron igualmente en uso cuando se inició la tendencia analítica. El sánscrito lo conservó y desarrolló hasta la exageración; el griego hizo de él un uso razonable; los latinos no supieron aprovecharlo en la medida que deseaban Lucrecio, T. Livio y Cicerón, que se lamentaban de la pobreza de su lengua en este particular (1). De-

(1) V. F. O. Weise, *Les caracteres de la langue latine*, trad. de l'allemand par Ferd. Antoine, pág. 63.

jando á un lado aquellos compuestos que se nos ofrecen como resultado de una combinación sintáctica, como *senātūs-consúltum* de *senātus consúltum*, *Πελοπόννησος* de *Πέλοπος-γῆσος*, hablaremos sólo de los verdaderos compuestos llamados por los gramáticos asintácticos (1), ó sea aquéllos en los que la relación sintáctica que media entre los temas que los forman, resulta sola y exclusivamente de la colocación ú orden en que dichos temas aparecen en el compuesto. Pero entiéndase que este orden sólo nos indica la dependencia ó determinación de un tema respecto de otro, quedando reservado al que lee ú oye el compuesto, el adivinar si la relación implícita es de genitivo, dativo ú otro caso, ó si es de mera yuxtaposición. No obstante, la relación de genitivo es la más común.

Divídense los compuestos por su significación en copulativos, determinativos y posesivos. Los primeros abundantísimos en sánscrito y muy raros en las demás lenguas, son aquéllos en los que los temas que los constituyen guardan entre sí la misma relación que si estuvieran unidos los nombres por una conjunción copulativa. Es el mismo procedimiento que nos ofrece nuestro *correveidile*, y vemos también en *ajoqueso*, *cerapez* y *baciyelmo*. El mismo que seguimos en la enumeración de varios nombres separados en la frase cuando omitimos la conjunción: así, *muros, alcázares, templos: todo lo subvierte*. Como estos compuestos no tienen importancia para nuestro objeto, citaremos sólo el latín *reciprocus* = **recus*·**procus*, literalmente *hacia atrás y hacia adelante*, y seguiremos diciendo que este es el procedimiento más primitivo, y que si no mejor es, al menos, tan racional y más económico que el nuestro. Si los nombres que entran en estos compuestos desempeñan todos en la frase el mismo oficio sintáctico, ¿á qué repetir la desinencia ó la preposición con cada uno? Basta indicarla en el último, sobrentendiéndola en todos los demás (2).

(1) Denominación impropia que aceptamos á falta de otra que distinga estos compuestos de los anteriores.

(2) El persa moderno que propiamente no tiene más que dos casos, conserva esta construcción con el acusativo. Así, cuando el sustantivo en acusativo va acompañado de un adjetivo ó de uno ó más nombres que lo determinen, la desinencia de dicho caso —*RA*—sólo se pone después del último; ejemplo: *kiētābī jubrā dīdam*, un libro hermoso he visto, que es como si dijéramos en latín *liber-pulchrum vidi*. Lo mismo ocurre en tur-

En los compuestos determinativos el primer elemento—adjetivo, partícula ó sustantivo—determina al segundo (1), ya como un adjetivo—μεγαλό-πολις, meri-diēs por mediē-dies,—ya como un caso oblicuo. En estos últimos la relación más común es la de genitivo; pero se encuentran con bastante frecuencia las de los otros casos: así, ἀνδρ-ἀδελφος = ἀνδρός ἀδελφός, hermano del varón, cuñado; ἀνδρεῖκος = ἀνδρὶ εἶκος, semejante al varón; ποδωκῆς = πόδας ὥκως. Mārci-por = Mārci-puer; lucifer = lucem ferens; pedi-sequos = pede sequens.

La tercera clase de compuestos, ó sea la de los posesivos, no tiene importancia tampoco para nosotros, porque en cuanto á su textura, no difieren en nada de los determinativos. Son por su formación estos mismos compuestos, pero considerados como adjetivos que atribuyen la idea de posesión de lo que ellos significan al sustantivo con quien conciertan. Así el compuesto ῥοδο-δάκτυλος, que como sustantivo significaría *dedo de rosa*, aplicado como epíteto á la aurora, significa la aurora *que tiene dedos de rosa*. Son lo mismo que nuestros compuestos *carirredondo*, *ojinegro*, etc., que, como sabemos no significan cara redonda, ojo negro, sino *el que tiene la cara redonda*, *los ojos negros*.

Si analizamos todos los compuestos determinativos que nos ofrecen las lenguas sánscrita, griega y latina, veremos que el orden en que aparecen colocados los temas que entran en su formación es el inverso de aquel en que nosotros los colocamos al traducirlos. Solamente el griego posee una variedad de estos compuestos desconocida en las demás lenguas hermanas (2), en los cuales el primer elemento es un tema verbal que rige al segundo, lo mismo que sucede en nuestros compuestos *tapaboca*, *alborotapueblos*, *aguafiestas*, etcétera. Pero estos compuestos, rarísimos en la prosa griega y de

co, donde el signo de caso del último de los nombres de una serie, aunque estén unidos por la conjugación copulativa, vale también para lo precedente.

(1) No hablo más que de dos elementos, porque el compuesto en que entran más se descompone en otros compuestos, y éstos á su vez en otros hasta llegar á los de dos elementos.

(2) Sólo unos 30 ejemplos se encuentran en los textos védicos del sánscrito, y se hallan también algunos en el antiguo bactriano. V. Fried. Spiegel, *Grammatik der Altbaktrischen Sprache*, pág. 96.

uso casi exclusivo en los poetas, no debemos considerarlos con fuerza bastante para invalidar nuestra tesis; pues su número es insignificante comparado con el de los demás, y pudieron formarse en la época en que el sistema preposicional iba sustituyendo al desinencial. Téngase en cuenta que el griego fué la lengua que más pronto llegó á perder el sentimiento del valor de los casos, sustituyéndolos por preposiciones; y así pudo conservarnos hasta la época clásica compuestos como ἀγέ στρατός y δακέ θυμός, equivalentes á ἄγων στρατόν, δακων θυμόν (1).

Hemos dicho que la lengua sánscrita llevó hasta la exageración el procedimiento de la composición de palabras; y para demostrar esto con un ejemplo, voy á analizar dos compuestos que veo citados en la Gramática de Gelabert, pág. 390. Son los siguientes (2): matta-madhu-kara-nikara mukta-jhankara-milita-kokila-ālāpa-sangīta sukha-āvaha-vana-madhye rig-yajus-sama-ākhyata-traya-grantha-artha-abhijñā-brāhmanas nivasati.

Si traducimos á nuestra lengua estas tres palabras, y colocamos los catorce temas que forman la primera y los nueve de la segunda en el mismo orden en que se encuentran en sánscrito sin acompañarles de preposición ninguna ni de artículos; es decir, si traducimos sólo lo que material y fónicamente expresan las palabras, tendremos: *alborotada miel facedora-enjambre emitido-murmullo-mezclado-cuculillo-voz-canto-placer-se procurando-bosque medio en, Rig-Sama Yajus llamado-triple composición-esencia-conocedor-brahman, habita*. Esto no se entiende; esto no parece lenguaje de seres racionales; aquí no hay lógica: esto no pudo decirse más que en la torre de Babel, diría M. Beauzée, y después de la confusión de las lenguas. Y, sin embargo, eso se entiende muy bien y muy fácilmente con sólo tener en cuenta la sintaxis de la lengua, ó sea el orden de colocación de las palabras en la frase. Y nótese que dicho orden es diametralmente inverso al nuestro; de modo que, para que

(1) No hablamos de la composición verbal, porque no hay verbos compuestos en estas lenguas. Los que impropriamente se llaman tales, no son más que una yuxtaposición de preposición y verbo, que en Homero y en latín arcaico se emplean separadamente una de otro. Lo que hay son verbos derivados de nombres compuestos.

(2) Para mayor claridad, separo con una raya los distintos temas que entran en cada uno de los compuestos.

la frase dicha resulte en castellano, no se necesita más que empezar por la última palabra y proceder hacia atrás, supliendo mentalmente los artículos y preposiciones que en el compuesto no se expresan, ó mejor no son menester. Así resulta: Habita (un) brahmán conocedor (de la) esencia (de la) composición triple llamada Sama, Yajus, Rig, en medio (del) bosque procurándose (el) placer (del) canto (de la) voz (del) cuclillo mezclado (con el) murmullo emitido (por el) enjambre (de las) facedoras (de) miel alborotadas. Póngase el verbo entre las dos palabras compuestas y tendremos la construcción llamada regular en las lenguas neo-latinas, las cuales, como sabemos, dividen la frase en dos miembros separados por el verbo que, como gran señor, domina en todas ellas; pero no ocurre así en las lenguas primitivas, en cuyas proposiciones el verbo falta muchas veces, y otras no es menester.

Si comparamos ahora los compuestos que acabamos de analizar con los de las modernas lenguas de Europa que son continuación de la indo-europea, veremos que, mientras el alemán ha conservado en su formación la misma estructura y orden que tuvieron en la lengua primitiva, las neo-latinas los han desechado: el latín vulgar no conservó estos compuestos. Los que tenemos en las lenguas románicas, como *ignívomo*, *ignífero*, etc., son de origen erudito; han sido tomados del latín clásico, pero no elaborados por el sentimiento lingüístico del pueblo que habló latín vulgar, el cual desde muy antiguo comenzó por invertir en la frase el orden sintáctico de las palabras, ó sea el orden según el cual concebía la relación entre las ideas determinante y determinada, y, por tanto, el orden de expresión de las palabras en que dichas ideas se informaban. Y nótese que aquel orden lo desechó el mismo pueblo que desechó también los casos todos de la declinación, quedándose con uno solo, ó mejor con ninguno; pues al conservar el acusativo, no lo ha empleado en definitiva como tal caso, sino como tema, ó más bien como nombre en el sentido etimológico de esta palabra. En cambio, el alemán, que no perdió del todo la declinación y conserva, como sabemos, el nominativo, genitivo, dativo y acusativo, sigue construyendo hoy los compuestos lo mismo que los construyó la lengua indo-europea hace tres ó cuatro mil años, sin haber alterado la manera de concebir la relación sintáctica indicada en dicha lengua sola y exclusivamente por el orden de colocación de los elementos del compuesto. Compárese *Werk-meister* = maestro de

obras, *Meister-werk* = obra de maestro (obra maestra). La dicción determinante va siempre delante y lleva el acento principal.

Cuándo y por qué tuvo lugar el cambio del procedimiento antiguo al moderno en la formación de los compuestos determinativos, es cosa que ignoro; sólo puedo afirmar que el nuevo procedimiento debió aparecer en época muy antigua, y lo hemos visto en griego en los compuestos cuyo primer elemento es un tema verbal. Pero lo extraño es que teniendo las lenguas neo-latinas estos compuestos, no los tenga el latín clásico, cuando parece que debemos suponer que los tuviera el vulgar, del cual aquéllas son continuación. Para afirmar esto, sólo encuentro una explicación, y es que el griego escrito ha sido siempre lengua más popular que el latín. Los escritores griegos no desdenaban al pueblo con el orgullo soberano con que le apartaban de sí los patricios y escritores latinos; y por esto la Literatura griega es más popular que la latina; es más natural en todo, hasta en el lenguaje, y es, por lo tanto, más fiel expresión de la vida del pueblo que la produjo, hasta en el habla (1).

C).—ANÁLISIS DE LAS FORMAS CASUALES Y SUSTITUCIÓN
DE LAS DESINENCIAS POR PREPOSICIONES

Constituído el tema en la forma que hemos indicado y con el valor significativo que le hemos atribuído, pasemos á estudiar el procedimiento de que se sirvió la lengua indo europea para expresar las relaciones que median en la oración entre los nombres significados por los temas, con objeto de ver si la lógica que se revela en el orden de colocación de los elementos que entran en estas nuevas formaciones, ó sea en los casos, es la misma que hemos visto en la formación de los temas; y también, si al debilitarse y perderse los casos y tener la lengua que reforzarlos primero, y sustituirlos después, por otros elementos fónicos significativos, dió á éstos el mismo lugar que había dado en un principio á los que habían formado los casos por su unión con el tema.

(1) Véase *Problems in greek Syntax*, by B. L. Gildersleeve: Baltimore, 1903, donde demuestra claramente que la Grecia tuvo muchos siglos de producción literaria antes de haber conocido el estrecho yugo de los gramáticos de profesión.

Las mismas observaciones que antes hemos hecho acerca del valor significativo de los sufijos de derivación y acerca de lo que materialmente fueran éstos en un principio, hemos de reproducir aquí al tratar de lo que fueron primitivamente las desinencias y del valor que tuvieron. Respecto de esto último, basta que digamos que ellas equivalen á lo que las preposiciones en las lenguas neolatinas, es decir, que en dichas lenguas significamos con las preposiciones lo que las antiguas expresaban con las desinencias. Pero no hay acuerdo entre los lingüistas acerca de lo que fueran las desinencias en su origen. «¿Cómo es posible concebir, dice V. Henry (1), que una simple terminación casi siempre monosilábica, reducida con frecuencia á una sola consonante, invisible muchas veces á todo ojo que no sea el del lingüista, añadida á un tema nominal ó verbal, tenga la virtud de introducir en él una modalidad más ó menos complicada de singular ó plural, sujeto ó complemento, 1.^a, 2.^a ó 3.^a persona?» «Esto, continúa diciendo, pueden, si no enseñárnoslo, al menos hacérnoslo entrever las lenguas llamadas monosilábicas y aglutinantes, en las cuales los elementos de relación no han llegado á formar cuerpo con los elementos significativos. En chino, por ejemplo, el plural en principio no difiere del singular; pero cuando sea indispensable precisar el concepto de pluralidad, se puede significar esta precisión posponiendo al nombre otro nombre que tiene la significación de *multitud* ó de *universalidad*; así, tenemos: *thung tse kidi* = juvenis filius multitudo, significando «los adolescentes.» Si *kidi* cae en desuso como palabra separada, la historia del lenguaje es la única que nos podrá dar razón de la función de pluralidad unida al sufijo. Así, por ejemplo, algunas lenguas finesas conservan todavía la palabra *veli* (amigo, compañero), que el húngaro, lengua de la misma familia, ha perdido completamente; pero el húngaro ha conservado en su declinación un sufijo *vel*, con sentido comitativo ó instrumental, v. gr., *kü-vel* = *lapis comes*, «con la piedra.» Pero en virtud de la ley de armonía vocálica que exige la asimilación parcial de la vocal del sufijo á la del tema: dicha sílaba *vel* cambia á menudo en *val*: *atyá-val* (= con el padre); en virtud de otra ley, la *v* se asimila á la consonante final del tema; *kert-tel* (= con el jardín), *kert-ek-kel*

(1) *Precis de Grammaire comparée du Grec et du Latin*, 5.^a edic., página 194.

(= con los jardines), *haz-zal* (= con la casa), *atya-m-mal* (= con mi padre), etc. En virtud de tanto cambio, sería imposible reconocer por el análisis el primitivo *veli*, si esta palabra no se hubiese conservado en otras lenguas de la misma familia.»

Y sin ir al húngaro: en nuestra propia lengua tenemos ejemplos que nos hacen ver la imposibilidad de llegar á conocer la forma primitiva de las desinencias en todos aquellos casos, y son los más, en que la Gramática no encuentra medios de comparación suficientes para fijar la historia de la desinencia cuyo origen queramos averiguar. A cualquiera, profano en estos estudios, que se le diga que la forma *amarán* procede del latín *amare* + *habent*, ó que amaría viene de *amare* + *habebam*, nos dirá que es imposible, que no puede ser que el *habent* haya quedado reducido en *an* ó el *habebam* en *-ían*; y sin embargo, es cosa tan sabida, que no es menester me detenga en explicarla. Pero sin la existencia de las formas intermedias que nos ofrece nuestro romance *amar hé*, *amar hía*, ó si nos faltaran otros medios de comparación, ¿llegaríamos á descubrir el origen de esas terminaciones? Lo mismo debió suceder en las desinencias de la lengua indo-europea; es lo más probable, ya que no evidente, que las que hoy se nos ofrecen con una sola letra, sean resto de una palabra, imposible de hallar hoy por falta de datos en que fundar nuestras investigaciones. En este particular es tal la divergencia entre los lingüistas, que los hay que afirman que las desinencias personales desligadas y sueltas del tema conjugado han venido á constituir los pronombres personales, en contra de los que dicen, y están en lo cierto, que estos pronombres, unidos al tema, han formado la conjugación.

Lo que nadie puede negar es que las desinencias casuales significan lo que nosotros significamos con nuestras preposiciones; y que, á juzgar por las que se han conservado, los casos fueron en un principio, no los cinco que en general conservó el griego, ni los seis del latín, ni los ocho del sánscrito, sino algunos más. En el ablativo del singular distinguimos tres formas originarias: una con la desinencia *-*ed*, otra con *-tas* y otra que se nos ofrece según las lenguas, con la forma sáns. *-dhas*, lat. *-de*, gr. *-θε*, *-θεν*, *-θα*. Asimismo se distinguen dos desinencias de instrumental singular y otras dos de genitivo de plural.

Tenemos, pues, que la relación que media entre dos nombres en la frase podía expresarse en la lengua indo-europea de dos mane-

ras: ó bien mediante el orden de colocación de los temas—procedimiento el más primitivo según vemos en los compuestos,—ó mediante otra palabra que, sin saber de una manera indudable lo que fuera en un principio, vino á expresar la relación que en el compuesto se sobrentendía. ¿Y qué lugar se le asignó á esta nueva palabra? El mismo que hemos visto en el ejemplo chino y en los que del húngaro hemos citado: se la colocó después de la palabra determinante, ó mejor—pues ya hemos dicho que la lengua no se da en palabras aisladas, sino en frases—fué colocada entre las dos palabras cuya relación venía á significar, las cuales dos palabras ocupaban entre sí el mismo orden de colocación que hemos visto en los compuestos, ó sea el determinante delante y el determinado detrás. Entre ambos tenía su lugar la dicción expresiva de la relación, aunque en la época histórica se nos ofrezca unida por el fin á la palabra determinante, así como las preposiciones se unieron luego en general, si no gráficamente, al menos prosódicamente con la palabra determinada. Esto mismo ocurre hoy con nuestras preposiciones y ocurrió en el romance escrito de la Edad Media. Téngase, además, en cuenta que en los tiempos en que debieron ocurrir los cambios que estudiamos no se conocía la escritura, y si se conocía, no estaba generalizada; las palabras no habían adquirido la independencia material, ni tenían la consistencia que les da aquel elemento de cultura, y se comprenderá cuán admirable es que, después de tantos siglos, se nos hayan conservado las formas lingüísticas en el estado en que las encontramos en la época histórica.

Expliquemos esto con un ejemplo. Tomemos la expresión latina *Cicéron-is oratio*, que consta de dos nombres y una idea de relación entre ambos. El sufijo que nos expresa esta relación, va colocado entre los dos nombres, pero formando un solo cuerpo con el primero, ó sea el determinante. Al traducir dicha expresión al castellano, decimos *discurso de Cicerón*. Hemos invertido el orden de colocación de los nombres; la palabra que expresa la relación la colocamos en medio, lo mismo que en latín; pero no la unimos con el primer término, sino con el segundo; mejor dicho, la unimos, si no gráfica, al menos prosódicamente con el nombre determinante, pero colocándola delante y no detrás de él, como sucede en latín. De modo que los elementos significativos son los mismos en latín y en castellano: dos nombres y la relación de propiedad; pero ha

cambiado el orden entre determinante y determinado y ha cambiado también el orden de colocación de la palabra que indica la relación, que en vez de ir detrás del determinante va delante. Si este procedimiento hubiera comenzado en época antiquísima, muchos años antes de generalizarse la escritura, ¿no hubiera podido formarse una declinación preposicional contrapuesta á la que nos ofrecen hoy las lenguas indo-europeas? Los cambios fonéticos que entonces se hubieran producido al unirse en un cuerpo la preposición y el nombre, los tenemos en los compuestos latinos como *officium*, y en la elisión de la vocal final y hasta de toda una sílaba que sufren las preposiciones en el lenguaje vulgar: *pa* ó *par*, por para; *d'* por de, etc., etc.

El caso llamado vocativo viene también en apoyo de cuanto estamos diciendo. Hablando con propiedad, dicho caso no es caso, pues no tiene desinencia ninguna: su forma es el tema puro; *el tema* que algunos lingüistas modernos quieren que sea una abstracción!!! Si resulta dicho caso igual al nominativo en muchos nombres, es sin duda ninguna por haberse tomado este caso por aquel, sustitución que debió tener lugar, por primera vez, en época en que el pueblo iba perdiendo ya el sentimiento del valor de las desinencias casuales. Más hemos hecho nosotros al tomar el acusativo por todos los demás casos. El vocativo, repetimos, es el tema puro, y no tiene desinencia porque no debe tenerla; porque la partícula significativa de la función que atribuimos á ese caso, es la interjección, que no tiene otro oficio más que el de llamar la atención, es el toque de alerta diríamos; y siendo tal, se comprende que siempre deba ir delante del nombre. A confirmar cuanto decimos viene Manú, cuando en el libro II del código que se le atribuye, dice en la segunda parte de la zloca 124, que los santos habían declarado que la interjección *bho* representa por su propia naturaleza el nombre de la persona á que se dirige la palabra.

Pero cuando el pueblo indo-europeo comenzó á perder poco á poco la conciencia del valor significativo de algunas desinencias, ya sea por el desgaste que las mismas habían sufrido, ya porque con el uso se había connaturalizado tanto con ellas que no le ofrecían novedad y no satisfacían lo bastante á su viva y pintoresca imaginación; el pueblo que habla más con imágenes que con palabras, y forma neologismos y comparativos y superlativos de otros superlativos, porque no se contenta con el lenguaje árido y seco de la

razón, al perder las desinencias la significación que tuvieron en un principio, sintió la necesidad de sustituirlas con otras palabras, no tal vez sin haber intentado también reforzarlas con otras desinencias, como hemos visto que hizo con los superlativos. No á otra causa debemos atribuir el refuerzo que en griego recibe el acusativo de lugar, con la partícula -δε -σε ó -ζε. El acusativo por sí mismo significaba *el lugar á donde*, con verbos de movimiento, y así lo vemos usado primitivamente: πῶς ἦλθες Ἄργος, quomodo Argos venisti? Pero luego se nos ofrece reforzado con el sufijo dicho, ó bien con la preposición εἰς, para expresar la misma relación. ¿Por qué este refuerzo ó empleo de la preposición? Ya lo hemos dicho: porque las desinencias que en general sólo se conservaban por el apoyo que recibían del tema á que iban unidas, habían perdido su valor, y como había necesidad de expresar lo que ellas ya no significaban, el pueblo echó mano de las voces que llamamos preposiciones, que *en definitiva* colocó, no detrás de la palabra determinante, como había colocado las desinencias, sino delante. ¿Cómo y por qué? Lo ignoro. Sólo diré que la causa es más psíquica que fonética, y que desde el punto en que se inició este nuevo procedimiento era ya inútil la flexión nominal. Aquí tenemos el origen latente de las lenguas neolatinas; origen que debemos colocar en la época en que aparecieron las preposiciones que, habiendo sido empleadas en un principio como auxiliares de las desinencias, acabaron por sustituirlas completamente en todos los dominios del latín, mientras en griego y lenguas germánicas la sustitución ha sido sólo parcial.

De todas las lenguas indo-europeas, fué la sánscrita la única que conservó sólo ocho casos en su declinación; y por esto, en ella, apenas se usan las preposiciones. Años pasados tuve la paciencia de hacer la estadística de las que se encuentran en el Hitopadeza, y después de anotar las condiciones y circunstancias de todas las que aparecen en dicha obra, saqué el siguiente resultado que os voy á exponer:

Cuadro de las preposiciones empleadas en el Hitopadeza.

(1) <i>Vinā..</i>	{ con acusativo.	pospuesta, 3 veces;	antepuesta, 3 veces.
	{ con instrumental..	idem 2 idem;	idem 3 idem.
(2) <i>saba</i> , con instrumental. . .	idem	38 idem;	idem 5 idem.
(3) <i>samam</i> , con instrumental..	idem	6 idem;	idem » idem.
(4) <i>prati</i> , con acusativo.	idem	3 idem;	idem » idem.
(5) <i>sārdham</i> , con instrumental.	idem	3 idem;	idem » idem.
(6) <i>upari</i> , con genitivo.	idem	5 idem;	idem » idem.
(7) <i>prāk</i> , con genitivo.	idem	» idem;	idem 1 idem.
(8) <i>adbas</i> , con genitivo.. . . .	idem	2 idem;	idem » idem.
(9) <i>puratas</i> , con genitivo. . . .	idem	1 idem;	idem » idem.
(10) <i>paṛcbāt</i> , con genitivo.. . .	idem	1 idem;	idem » idem.
(11) <i>purastāt</i> , con genitivo. . .	idem	1 idem;	idem » idem.

Total. pospuestas, 65 veces; antepuestas, 12 veces.

Por este cuadro vemos que, para indicar las relaciones de las palabras en la frase, que no venían bien precisadas por los casos de la declinación, le bastó al autor del Hitopadeza emplear 77 veces la palabra que llamamos preposición, 12 antepuesta al caso y 65 pospuesta, lo cual nos viene á indicar que, cuando el pueblo comenzó á hacer uso de estas dicciones para indicar ó precisar con ellas la

(1) Véase edición de Frac. Johnson: Londres, 1847, líneas —184, 280 y 846— 280, 1846 y 2710.

(2) Véanse las líneas 94, 278, 306, 327, 387, 454, 467, 529, 543, 569, 591, 686, 782, 801, 886, 1033, 1341, 1347, 1385, 1394, 1464, 1469, 1610, 1659, 1776, 1777, 1815, 1816, 1834, 1862, 1834, 2056, 2233, 2424, 2450, 2488, 2649, 2687— 573, 752, 908, 1039 y 1359.

(3) Véanse líneas 372, 1395, 1781, 1810, 1814 y 2330.

(4) Véanse líneas 323, 1801 y otra que no anoté.

(5) Los casos son: *krixnasarpena sārdbam*; *balavatā sārdbam* y *bastina sārdbam*; no anoté las líneas.

(6) Véanse líneas 1434, 1451, 1557 y 1598.

(7) Véase línea 431.

(8) Véase línea 1815, y además el ejemplo *taror adbas*, debajo del árbol, que no anoté á qué línea corresponde.

(9, 10 y 11) En las locuciones *rājñas puratas*, delante del rey; *mama paṛcbāt*, detrás de mí, y *rājaputrānām purastāt*, delante de los príncipes.

significación de los casos, el instinto ó sentimiento lingüístico le llevaba sin que se diera cuenta, ó dándosela, á colocar la palabra detrás del caso, lo mismo que antes había colocado la desinencia, y sólo poco á poco, y merced á la evolución que en este particular ya hemos indicado, fué colocando delante dichas palabras, hasta prevalecer casi del todo esta tendencia en las lenguas greco-italicas.

Es, pues, regla general en el sánscrito clásico, y lo mismo en el antiguo bactriano, que las preposiciones se pospongan al caso, aunque pueden ir antepuestas en aquella lengua en la relación de 65 : 12. En latín y griego sucede al revés: la regla es que vayan antepuestas, y la excepción que se pospongan, así como en las neo-latinas no hay ninguna que se posponga, sino que todas van delante. En alemán sabemos que se posponen casi siempre al caso las preposiciones *gemäß, wegen, zuwider, gegenüber, entlang, hindurch* y otras (1), lo mismo que en inglés la preposición *of* en frases como ésta: *The emperor of Germany's army*, que si tradujéramos á la letra y en el orden en que las palabras están, diría: *El emperador de, Alemania de, Ejército*, y no lo que dice, que es: *El ejército del emperador de Alemania*. Y obsérvese la relación que en este particular nos ofrece el uso de las preposiciones en estas lenguas, comparado con la persistencia de los casos de la declinación en las mismas. El sánscrito clásico conserva en su declinación los ocho casos que el latín reduce á seis y el griego á cinco. Aquella lengua conserva, pues, mejor que éstas, el sistema posposicional; y no sólo hace menos uso de las preposiciones, sino que al emplearlas las pospone en la proporción que hemos visto. Lo mismo ocurre en las lenguas germánicas comparadas con las neo-latinas: mientras éstas, que se han desentendido enteramente de los casos, nunca posponen la preposición, el alemán, que conserva cuatro de aquéllos, pospone casi siempre las preposiciones que hemos mencionado.

El latín y el griego perdieron, pues, más pronto que el sánscrito la tendencia que nos revela el uso de la declinación; al menos así

(1) Compárense las locuciones *damit, dafür, dazu*, etc., en las que la preposición va detrás del pronombre. El caso contrario, ó sea el de declinación preposicional de que hemos hablado, se halla también en esta lengua en *am* = an dem; *aus* = au das; *in* = in dem, etc.

se ve en los más antiguos documentos de sus respectivas literaturas. Pero quedaron en estas lenguas restos del antiguo procedimiento; el latín construye siempre, después del caso, las preposiciones *versus* y *tenus*, lo mismo que *cum* con el ablativo de los personales y del relativo *qui*. Otras se emplean también propuestas otras veces, como por ejemplo, *penes*, en el tan conocido verso de Horacio: *si volet usus—quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi*. Pero si el latín clásico conservó el uso de posponer estas preposiciones, el vulgar, que seguía la tendencia preposicional sin traba ninguna que se opusiera á su desarrollo, se desentendió completamente de tal uso; y por lo que respecta al ablativo de los personales *mecum* *tecum*, como la preposición, fundida ya con el caso, no significaba nada á la inteligencia del pueblo, ó prescindió de ella como anacrónica que era ya, ó tendiendo á la regla general á que le llevaba la analogía, les puso por delante la misma preposición que ya llevaban por el fin, resultando con ello las formas *conmigo* y *contigo*, que son lo mismo que si dijéramos: *con-mí con*, *con-tí-con*.

Casos semejantes á éste son más frecuentes de lo que á primera vista parece en la historia de las lenguas. Son resultado de la tendencia de nuestro espíritu á la uniformidad y al orden; por ella tiende el pueblo á desechar las irregularidades de la lengua, y el niño, aun antes de saber discurrir, cuando empieza á hablar, dice: *yo poneré*, *yo he ponido*, sin haber oído jamás semejantes expresiones. Esa misma tendencia explica también el uso, tan generalizado hoy en el pueblo de Madrid, de la preposición *a* en las locuciones *voy á por agua*, *á por el libro*, etc. Como el verbo *ir* por su significación propia requiere la preposición *a* para indicar el lugar á donde, el pueblo la emplea detrás de dicho verbo en otros casos en que no es necesaria.

El griego, no obstante, empleó las preposiciones con mucha más variedad que el latín, y son también más los casos en que en aquella lengua se emplean propuestas. No he hecho estadística ninguna acerca de este particular; pero bastará á mi propósito exponer las distintas construcciones de las voces de esta especie que se emplean en los doscientos primeros versos del primer canto de la *Iliada*. En ellos se ven nueve locuciones (1), en las cuales la preposición

(1) Versos 6, 37, 65, 68, 113, 127, 140, 160 y 164.

va colocada entre el caso que va delante y el verbo que sigue detrás; así, cuando el sacerdote de Apolo, afligido por el desprecio y escarnio que de él ha hecho Agamemnon, invoca á su dios para que castigue á los danaos, le dice: tú, ὅς χ' ὤσσην ἀμφιβέβηκας, que traducido á la letra, dice: *que Chrysa al rededor de vas*; es decir, tú, que proteges á Chrysa (1). Y del mismo modo: cuando enfurecido Agamemnon contra el profeta le llama embustero y adivino de desgracias, y le dice que no quiere devolver la esclava porque la prefiere á su legítima mujer, se expresa así: καὶ γὰρ ῥα Κλυταιμνήστρης προδέβουλα: *y pues en efecto, la prefiero á Clitemnestra*; ó sea, la quiero antes, delante de, más que á Clitemnestra. No hagamos caso de la grafía, que en estos dos ejemplos y en los otros siete semejantes nos ofrece la preposición unida al verbo; ni en latín, ni en griego, hay verbos compuestos de preposición. Esta hubiera podido escribirse separada del verbo, y en tal caso resultaría, como resulta, que en los nueve ejemplos dichos, la preposición se nos ofrece pospuesta al caso, como iba, sin duda, en un principio. Lo que sucedió fué que la preposición, como palabra de poco peso, era átona, como lo serían las desinencias en su origen, y tendía á ser enclítica ó proclítica; y como tenía, por lo general, más cerca el acento del verbo (2), cayó hacia él y fué proclítica.

Además de estas nueve locuciones, tenemos otras siete (3) en que la preposición va separada del verbo por una ó más palabras que se interponen entre ambos. Pero en estos ejemplos, ó tiene valor adverbial la preposición, ó va también pospuesta al caso, como en el verso 68, ἡμῖν ἀπὸ λολύγον ἀμῦναι = *de nosotros la peste apartar*. Aquí la preposición ἀπὸ va pospuesta al dativo, aunque en griego clásico no se use con tal caso, por lo que diremos después.

Vénse, además, seis locuciones (4) en que la preposición va pospuesta al caso, y cinco en que va antepuesta, pero colocada entre el adjetivo que concierne con el sustantivo y éste; así, ἡμετέρῳ ἐνὶ οἴκῳ = *nuestra en casa, en nuestra casa*.

(1) La misma metáfora en sánscrito. Los verbos de movimiento con la preposición *pari*, que significa *al rededor*, significan proteger, defender.

(2) Que en griego se coloca lo más lejos posible del fin de la forma verbal.

(3) Versos 40, 68, 69, 98, 101, 188 y 195.

(4) Versos 11, 96, 110, 125, 152 y 162.

Tal es la variedad que nos ofrece el uso de las preposiciones griegas en los textos más antiguos; variedad que poco á poco fué desapareciendo merced al influjo de la tendencia analógica que impulsó la norma general que vemos luego en el dialecto ático. Y no sólo en el orden de colocación fué el uso restringiendo la libertad de estas partículas, sino también en el número de los casos á que solían acompañar. En sánscrito hemos visto empleada la preposición *vina* con dos casos de naturaleza tan distinta, como son el acusativo y el instrumental. La misma libertad nos ofrece el antiguo bactriano, donde vemos la preposición *paiti* construída con acusativo, instrumental, ablativo, genitivo y locativo; y lo mismo sucedería en griego en un principio, y sucedió en el citado ejemplo de la preposición *ἀπό*. Pero así que se fué precisando más y más la significación de estas partículas, se restringió su empleo; la preposición *ἀμφί* pierde en la prosa ática el uso que de ella hace Homero con el genitivo y el dativo; perdió también *μετά* los casos dativo y acusativo, así como *ἀνά* el dativo, quedando la primera y la tercera de estas preposiciones con acusativo solo, y *μετά* con genitivo.

D).—ANÁLISIS DE LAS FORMAS VERBALES

Acabamos de ver cómo las partículas de relación se unieron por el fin á los temas nominales, viniendo á constituir la declinación. Lo mismo sucedió con la flexión verbal, aunque por ser en mayor número los elementos que entran en ésta, no sea tan fácil su análisis. Los temas, en su más remoto origen, debieron ser en su mayor parte indiferentes á toda categoría gramatical de nombre, adjetivo ó verbo. Las desinencias ó elementos fónicos significativos que se les añadieron por el fin, vinieron luego á diferenciarlos de tal modo, que en muchísimos casos no podemos hallar los temas con esa forma tan clara como deseáramos. Pero es que si esto sucediese, no sólo no habría disparidad entre los lingüistas acerca de la naturaleza de la flexión verbal, sino que estarían tan al descubierto las suturas de los elementos independientes que entran en la conjugación, que mejor que lenguas de flexión llamaríamos aglutinantes á las indo-europeas. No obstante lo dicho, son muchos los verbos en que podemos ver comprobada la doctrina que acabamos de exponer; así, la raíz sánscrita *vach*, que expresa idea

de hablar, sólo con el refuerzo de la vocal, si es que primitivamente no fué larga, significa *la palabra, la voz*; pero si se le une el sufijo *mi*, expresa la *voz de mí ó mía*; es decir, yo hablo. Del mismo modo, el tema *bhaya*, con una *s*, significa horroroso, y también el horror, el temor; pero si se le añade *-si*, significa el *temor de tí, tú temes*.

Sea cual fuere el origen de las desinencias, ya procedan las primarias de las secundarias, como quieren algunos lingüistas, cosa en que no creo ni debo tampoco discutir aquí, ya sean ellas las que hayan dado origen á los pronombres personales, en que aún creo menos, resulta siempre que, el análisis de las dos formas verbales que hemos citado y el de toda otra forma en general, nos ofrece dos elementos, de los cuales el primero expresa la idea atributiva que se predica ó afirma del segundo, que representa la persona ó sujeto de aquella atribución. De modo que, al igual que el nombre, encontramos en el verbo el mismo procedimiento psíquico de expresar la dicción determinante antes que la determinada; esto es, la que llamamos regida delante de la regente. Que las desinencias del verbo tuvieran en un principio el mismo valor que los temas de los pronombres personales, es cosa que no puede negarse, como que no es otro el origen de las mismas; y buena prueba de ello tenemos en el hecho de omitirse siempre el sujeto en primera y segunda persona, y también en tercera, cuando ya venga determinado por el contexto y no sea menester más determinación que la indicada por el pronombre de tercera persona. Pero así como las desinencias casuales fueron reforzadas ó sustituidas por las preposiciones en época más avanzada de la historia de la lengua, también las verbales fueron sustituidas ó reemplazadas por los pronombres antepuestos á la forma verbal, con lo cual hicieron los antiguos lo mismo que luego nosotros con el *contigo* y *connigo*.

La flexión verbal es mucho más complicada que la nominal, por ser en mayor número los elementos que entran en aquélla. A las ideas de atribución y de persona se juntan las de modo, tiempo, voz y número, representadas por otros elementos que entran todos en la constitución de la forma verbal, resultando un organismo de significación tan compleja—idea de atribución, tiempo, modo, voz, persona, número: seis ideas fundidas en una palabra que las expresa todas,—tan compleja, repito, que sólo la privilegiada inteligencia del pueblo griego pudo mantener en uso y combinar en

aquella admirabilísima y delicada variedad que nos ofrece su en sintáxis. Si por la lengua hemos de juzgar de la potencia intelectual de un pueblo, bien podemos decir que, en este particular, el griego es único y sin par en la historia. Ni los indos, ni los latinos, pudieron conservar en uso tan variada conjugación, y la redujeron á más estrechos límites, tanto en el uso de los modos como en el de los tiempos. El sánscrito clásico no emplea, por lo general, más que cuatro tiempos: presente, imperfecto, perfecto y futuro. El pluscuamperfecto lo perdió completamente. En el Hitopedaza no se halla usado el aoristo más que seis veces, cuatro en indicativo y dos en subjuntivo; el llamado precativo no se encuentra más que una vez. En el Bhagavad-Gíta ocurre lo mismo: seis aoristos en todo el poema; dos en indicativo y cuatro en subjuntivo. El precativo, ni una sola vez. Tampoco el llamado condicional se encuentra en esas dos composiciones.

Y ya que hablo de tiempos, no quiero dejar de exponer un hecho curioso que me llamó la atención. En castellano, como en las demás lenguas, empleamos para mandar el imperativo; pero para prohibir, en segunda persona, no hacemos uso del mismo modo con la negación, que parece lo más natural, sino del subjuntivo. El griego emplea para mandar y para prohibir el imperativo de presente; pero cuando la índole de la acción requiera el empleo del aoristo, usa el imperativo para mandar, pero para prohibir, en segunda persona, el subjuntivo de aoristo. Y cosa notable: los seis subjuntivos de aoristo que he dicho se encuentran en aquellas dos composiciones sánscritas, están todos en segunda persona y en oraciones prohibitivas. De manera que, el uso del modo subjuntivo para prohibir, se remonta por su origen hasta la lengua indo-europea.

El orden en que se nos ofrecen en una forma verbal griega los elementos significativos que la integran, es el siguiente: idea de atribución, de tiempo (1), de modo y de persona, número y voz. El elemento modal falta en el indicativo é imperativo, porque dichos modos no lo necesitan. Por no entrar en consideraciones que harían muy largo este discurso, me limitaré á presentar unas cuan-

(1) El aumento, cuya naturaleza aún no se ha podido explicar á satisfacción de todos, se antepone al radical en los tiempos que lo llevan. Pero téngase en cuenta que ese elemento no es esencial y falta muchas veces en el griego más antiguo.

tas formas latinas, en las que veremos confirmada nuestra teoría. El pluscuamperfecto *fuera*m no es más que la unión del imperfecto *era*m á la raíz ó tema *fu-*: aquí vemos el elemento que indica tiempo pospuesto al que significa la idea atributiva. Esa misma forma *fuera*m entra á su vez en la formación del pluscuamperfecto de los verbos derivados, posponiéndose también al radical ó tema del verbo: *ama-vera*m por *ama-fuera*m. El futuro perfecto de los verbos primitivos, como *emero*, *fuero*, se forma del imperfecto *ero* pospuesto al tema verbal; pero en los verbos derivados, y, por lo tanto, más modernos, no se forma con el mismo futuro imperfecto, sino con el perfecto *fuero*, lo mismo que hemos visto en la formación del pluscuamperfecto de estos verbos comparados con el de los primitivos. Pero obsérvese, que, tanto en la época más antigua, en que el pueblo formó los tiempos perfectos de los verbos primitivos, como en la más moderna, en que formó los de los verbos derivados, siguió el mismo procedimiento de colocar en primer lugar el tema verbal ó elemento atributivo, y en segundo, el verbo auxiliar que venía á indicar el tiempo. Pero cuando las formas compuestas de la flexión latina, aunque conservadas por el romance, no expresaban ya con la viveza que el pueblo necesitaba la idea temporal que significaban por su origen, y fueron sustituidas por otras, vemos ya que en estas nuevas formaciones el elemento temporal va delante del atributivo, y así decimos *yo había amado* por *amado había yo*. De modo, que lo mismo en la traducción de los casos que en la de los tiempos que han sufrido la acción de la tendencia analítica, expresamos delante el elemento que en latín va detrás y viceversa. No obstante, la influencia sintética ó de colocar la idea atributiva antes que la temporal, persistió hasta tiempos muy próximos en la rama latina, como nos lo demuestra la formación del futuro imperfecto y la forma en *-ría* del subjuntivo en castellano. Y cosa extraña en este particular, el alemán, lengua más sintética que las neolatinas, no ha llegado á sintetizar las dos formas verbales que integran esos dos tiempos, y es porque dicha lengua guarda en esto más estrecha afinidad con la sánscrita que con la griega y latina: afinidad que se manifiesta en el hecho de haber conservado la declinación como aquella y de haber perdido la flexión verbal más que las neolatinas.

E).—LAS CONJUNCIONES

El uso de las conjunciones pospositivas en sánscrito, griego y latín, confirma también el carácter que, en los anteriores artículos de este discurso, hemos atribuído á la lengua indo-europea. Pero como si tratáramos de todas nos saldríamos de los límites en que debe circunscribirse este discurso, nos concretamos á mencionar el uso de la copulativa y de la disyuntiva pospositivas y enclíticas.

La conjunción copulativa más antigua del indo-europeo se nos ofrece con la forma *cha* en sánscrito, *τε* ó *κα* en griego y *que* en latín, así como la disyuntiva es *vā* en aquella lengua y *ve* en ésta. Una y otra se emplean pospuestas al segundo de los dos términos que unen copulativa ó disyuntivamente: de modo que, el que lee ó escucha, debe tener suspenso el juicio hasta después de la enunciación del segundo término. Si traducimos la frase de Ovidio—*quo-cumque adspiceres luctus gemitusque sonabant*,—invertimos en castellano el orden de colocación de la conjunción, diciendo *llantos y gemidos* en vez de *llantos gemidos y*. Y lo mismo que en este caso, sucede cuando se emplee la disyuntiva *ve*; de suerte que hasta que se enuncie la conjunción después del segundo término, no sabemos si son *llantos y gemidos* ó sólo *llantos* ó *gemidos*. Tal es la índole de la construcción ascendente, que obliga á mantener fija la atención del que lee ó escucha hasta la enunciación de la última palabra de la frase ó grupo sintáctico; pues antes no se puede comprender el valor en función que hay que atribuir á las que á la última preceden. Creo que en este sentido es, como se ha dicho, que hablamos con masas elocutivas. No obstante, este procedimiento exige mayor gasto de energía intelectual, y si no la misma lengua indo-europea, sus continuadores inmediatos el griego y el latín, emplearon independientemente otras copulativas no pospositivas, que ya no tienen un origen común. El sánscrito continuó con la enclítica *cha*. El griego fué, entre estas tres lenguas, la que más pronto desechó estas pospositivas. La copulativa *τε* no la emplea para unir palabras, más que en el lenguaje poético, y la disyuntiva *κα*, que creo debe tener el mismo origen que el *vā* sánscrito y *ve* latino, nunca se encuentra como pospositiva en los restos que de su literatura nos quedan. Si la empleó en el período antehistórico, como creemos, es cosa que no puede demostrarse.

F).—CONSTRUCCIÓN DEL RELATIVO

La construcción del relativo nos ofrece otra prueba del carácter que venimos atribuyendo á la lengua indo-europea. El orden de colocación de los términos que expresan lo que entendemos en nuestra lengua por relativo y antecedente, se nos ofrece invertido en sánscrito y en antiguo bactriano, de tal modo, que en estas dos lenguas no puede hablarse de relativo y antecedente, sino de relativo y consiguiente; pues es regla general en la construcción de la frase en que entra dicha palabra, que el relativo se coloque delante, viniendo después el demostrativo, ó término que nosotros llamamos antecedente, sólo porque en nuestras lenguas va delante. Así que me parece que esta denominación no debe tener valor en pura lógica, á no ser que digamos que los indos, ó mejor el pueblo indo-europeo, carecieron de ella, y por eso se expresaron así. Yo opino que, en este particular, habrían manifestado falta de lógica si hubiesen construído estas frases desde un principio, lo mismo que nosotros las construimos. El relativo, ó mejor la oración relativa, es un complemento del nombre ó pronombre á que la misma se refiere, y si, como hemos visto, el orden de colocación de los elementos del compuesto en estas lenguas exige que se coloque en primer término la dicción expresiva del elemento determinante ó completivo, por fuerza tenían que colocar, siendo lógicos, en primer lugar el relativo y después el demostrativo. Y tal sucede en sánscrito, donde, por excepción, se encuentra delante lo que llamamos antecedente, á no ser en frases en que éste sea un interrogativo ó venga introducido por un pronombre de índole tal. Para los principiantes es un martirio el tener que traducir dichas frases. En griego y en latín la regla de esta construcción está ya invertida; el antecedente va delante; pero son bastantes los casos en que persiste la construcción primitiva de la lengua indo-europea.

G).—CONCLUSIÓN. CONSTRUCCIÓN DE LA FRASE EN LAS
LENGUAS TÁRTARAS

Del estudio comparativo que acabamos de hacer en las lenguas sánscrita, griega y latina, podemos inferir que lo que las tres tengan de común debe atribuirse á la lengua indo-europea, y, por lo tanto, que acabamos de ver el orden en que aparecen colocados en dicha lengua los elementos formativos de los nombres, los significativos de la relación sintáctica en que dichos nombres pueden hallarse en la frase, y también el orden de estos últimos en el compuesto, cuando, omitido dicho elemento significativo de relación, se entiende ésta indicada solamente por el lugar que los temas ocupan. Comparando dicho orden con el de las lenguas neo-latinas que de aquella antiquísima son continuación mediata, vemos que en éstas aparece diametralmente invertido, en todas aquellas locuciones expresivas de relaciones sintácticas que han sufrido la influencia de la tendencia analítica que tantas veces hemos mencionado.

Podemos también inferir dentro de la más estrecha lógica, que el orden de colocación de las palabras en la frase sería, en la lengua indo-europea, el mismo que vemos en la formación de la palabra. No se olvide lo que hemos dicho de que en las lenguas todo es sintáxis, y que, por lo tanto, al tener que relacionar los nombres en la frase, no podía desentenderse el pueblo de su psíquica lingüística colocando las palabras sueltas en la oración, en orden distinto al en que las ordenaba en el compuesto. El orden que vemos en la frase *Darium vicit Alexander*, es, pues, el natural y lógico en la lengua indo-europea, en la que se enunciaba en primer lugar el objeto—*Dario*,—luego la dicción ó partícula—*m*,—que indicaba la relación entre este objeto y el término que nosotros concebimos como regente—*vicit*—y, finalmente, el término al que debe atribuirse todo lo significado por los que le preceden en el orden de enunciación—*Alexander*.—Este mismo orden, aplicado á las palabras que en la frase constituyen un grupo sintáctico, exige que la determinante se coloque delante de la determinada, como nos la ofrecen, por regla general, en su construcción, las lenguas clásicas. Este es el orden de la construcción ascendente: de ella á la descendente que observan las lenguas neo-latinas no se ha pa-

sado de un salto, sino gradualmente y poco á poco, quedando á cargo de la sintáxis histórica el estudio de esa gradación en cada una de las ramas de la familia indo-europea.

¿Pero cuándo y por qué se inició el cambio de construcción? Lo ignoro. Que no se debe exclusivamente á los gramáticos de profesión y á la influencia de las escuelas filosóficas, nos lo demuestra el hecho de que cuando éstas y aquéllos aparecen en Grecia, la tendencia analítica se había iniciado hacía ya mucho tiempo. Que dichos gramáticos y escuelas contribuyeron á facilitar el cambio y á decidir el triunfo de la construcción descendente sobre la ascendente, es cosa que no puede negarse; y creo que á la falta de unos y otras, y, por lo tanto, al hecho de haber permanecido en estado inculto y semibárbaro hasta muy entrada la Edad media los pueblos germanos, se debe el que entre ellos quedara paralizada la evolución lingüística en el punto en que hoy nos la ofrece su lengua. Los pueblos civilizados por el imperio romano la llevaron hasta el fin, especialmente el francés, que es el que más fija nos ofrece la construcción de su lengua. La misma lengua griega, aunque pesando sobre ella la gran influencia de su tradición literaria, ha transformado también su construcción, que en el griego moderno es casi la misma de las lenguas neo latinas. Véase sino la traducción literal del principio de la novela de D. Bikela, titulada *Λουκῆς Λάρας*, publicada en 1881. «A los principios del año 1821 encontrábame en Esmirna. Tenía entonces veinte años próximamente. Desde los siete ya años, el maestro mío, el presbítero Flutis, Dios haya acogídole, había afirmado al padre mío que aprendía (yo) mejor cuantos conocimientos convienen al hombre que ha de dedicarse al comercio (1).»

Repito que no se cómo explicar el cambio de construcción que se ha verificado en estas leguas; porque hubieran podido conservar la que primitivamente tuvieron, como la conservan hoy día otras lenguas, entre las que mencionaremos el turco y demás lenguas tártaras. Y es digno de notarse la analogía que en su cons-

(1) Texto griego: Κατὰ τὰς ἀρχὰς τοῦ ἔτους 1821 εὕρισκόμεν ἐν Σμύρῃν. Ἦμην τότε Εἰκοσαετῆς σχεδόν. Πρὸ ἐπτὰ ἤδη ἐτῶν ὁ διδάσκαλός μου, ὁ Παππᾶ Φλούτης, Θεὸς συγχωρέσῃ τον, εἶχε βεβαιώσει τὸν πατέρα μου, ὅτι ἔμαθον πλέον ὅσα γράμματα ἀρκοῦσιν εἰς ἄνθρωπον μέλλοντα νὰ μετέλθῃ τὸ ἐμπόριον.

trucción nos ofrece el turco de hoy, comparada con la que tuvo en un principio la lengua indo-europea. El turco no tiene preposiciones, sino posposiciones; es decir, que las palabras que expresan relación, se colocan en el mismo orden en que aparecen colocadas en las lenguas de declinación las desinencias ó elementos á ellas equivalentes.

El turco posee declinación con desinencias eufónicas, ó sea con sonidos vocales variables, según la vocal de la última sílaba del nombre, y distingue en ella seis casos: nominativo, genitivo, dativo, acusativo, locativo y ablativo; pero estos dos últimos no son más que el nominativo con posposición, así como el vocativo que indican algunas gramáticas no es otra cosa que el nominativo precedido de la interjección *ya* ó *ey*. Así el nombre *dal*, ramo, se declina: N., *dal*; G., *dal-in*; D., *dal-a*; Ac., *dal-y*; Loc., *dal da*; Abl., *dal-dan*.

Pero como con estos casos no puede expresar la lengua todas las relaciones que median entre los términos de la frase, emplean para suplir dicha deficiencia otras dicciones que coloca, no delante de la palabra determinante, como nosotros hoy, sino detrás, como hemos visto que colocaron en un principio las preposiciones las lenguas sánscrita, griega y latina. Y nótese la gran analogía que en este particular nos ofrece dicha lengua con la indo-europea, tomada ésta en todo su desarrollo desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. El nominativo en turco no tiene desinencia; es, diríamos, el tema puro, y lo mismo el vocativo, que se distingue por ir precedido de interjección. Los demás casos tienen todos su desinencia especial, á pesar de lo cual, cuando sea menester precisar mejor su significación, emplea con ellos posposiciones, como las empleó en un principio la lengua indo-europea. Pero lo particular es que emplea también dichas posposiciones con el nominativo, como empleamos nosotros hoy las preposiciones con el único caso que nos ha quedado: así, *babam* = padre mío, *babam ile* (*babam-la*) = padre mío con, es decir, con mi padre; *calem*, pluma, *calem ile* (*calem-le*) = la pluma con = con la pluma (1).

Ahora bien: esta lengua, que, como vemos, ha conservado el sistema posposicional, conserva también la construcción ascen-

(1) Véase *Elementi di Grammatica turca Osmanli*, por el Dr. Luigi Bonelli: Milano, 1899.

dente, ordenando los grupos sintácticos de la frase en orden diametralmente inverso al llamado orden lógico (1).

En las oraciones de verbo copulativo construye el sujeto primero, después de él el predicado y últimamente la cópula, así: *bu-er büyük-tür* = esta casa grande es; pero en las demás, la regla general de construcción es la siguiente: complementos del sujeto, sujeto; complementos del objeto directo ó indirecto, objeto directo ó indirecto; complementos del verbo, verbo. De suerte que la palabra determinante va siempre delante de la determinada, así: *bir eyi peder evladını da'ima sever* = un buen padre hijos suyos á los siempre ama. Pero cuando el sujeto sea muy corto respecto del objeto, se coloca para mayor claridad después de éste; así como cuando haya dos complementos, uno directo y otro indirecto, el directo se coloca por regla general delante. Véase la construcción del comienzo de una nota enviada por el Ministerio de lo Exterior de Italia á la embajada turca en Roma (2):

<i>bu kerre</i>	<i>mosyü.....n</i>	<i>tajt-i-riyâsetinde</i>	
esta vez	señor.....X.....del	bajo la presidencia suya	
<i>texekkul eden</i>	<i>kabinetoda</i>	<i>jarichiye</i>	
formado que ha sido	(el) gabinete en	de lo exterior	
<i>nazaretî</i>	<i>kyral</i>	<i>hazretleri</i>	<i>tarafyndan</i>
(el) ministerio suyo	el rey	Majestad suya	parte suya de
<i>'uhde-i-'achizaname</i>	<i>tevdi'u ihale</i>	<i>buyuruldu.</i>	
encargo mío á	confiado y decretado	fué (ha).	

Que puesto en castellano dice así: En el Gabinete que acaba de constituirse bajo la presidencia del señor X, S. M. el Rey se ha servido confiarme el Ministerio de lo Exterior.

Pero al exponer la construcción de la frase turca, nos encontramos con otra analogía que nos ofrece con el latín y especialmente

(1) Así para decir: «El sabor de las uvas de las viñas de Corinto,» dice así: «Corinto de viñas de (las) uvas de (las) sabor suyo (el).

(2) Véase la citada Gramática, pág. 153. Tradúzcase invirtiendo diametralmente el orden de colocación de las palabras, comenzando por la última, y se verá cómo resulta la construcción descendente de las lenguas neo-latinas,

con el sánscrito, más que con el griego. En turco se coloca siempre el verbo al fin de la frase; sabemos también que el latín tiene predilección especial por esta misma construcción. *Verbum sensum cludere multo, si compositio patitur, optimum est*, dice Quintiliano (IX, IV, 26), y en la prosa narrativa del sánscrito ocurre lo propio. Véase la traducción literal de un cuento del Panchatantra tomado al azar, el 4.º del libro IV. «Hay; en cierta región de un bosque una pareja de leones habitaban. Pero un día la leona parturiente, un par de leoncitos parió. El león y continuamente bestias matando, á la leona da. Pero un día por él, algo no cogido (fué). Por el bosque aún vagando (él), el sol á la puesta ido (fué). Así continúa la construcción de todo el cuento, y lo mismo es la de los otros. También el persa moderno construye siempre el verbo al fin de la oración (1).

En vista de esto, ¿podremos decir que el orden lógico y natural exige que el verbo se coloque en medio de la frase? En las lenguas neolatinas, sí; pero en las tártaras no: en latín y sánscrito tampoco y menos en griego, donde, tal como se nos ofrece esta lengua, no tiene lugar fijo. El alemán, como sabemos, conserva en su sintaxis las dos construcciones: en esta lengua, la naturaleza de la oración es la que decide del lugar del verbo. En la oración independiente ó principal, se construye el verbo como en las neo-latinas; pero en la subordinada, se construye como en sánscrito, latín ó turco. Y aun en la misma oración principal, si el verbo está en tiempo compuesto, solo es el auxiliar el que se coloca en medio de la frase, pues el participio va al fin: así, *Der Lehrer hat meinem Sohne ein Buch gegeben*, —el maestro ha á mi hijo, un libro dado. Weil en la obra citada (pág. 49 y 50), cree ver en esta diferente construcción del alemán la explicación de la diversidad que nos ofrece la sintaxis turca comparada con la de las lenguas neolatinas; pero yo creo que la explicación, ha de buscarse al revés de como él pretende hallarla. La lengua alemana en esto de la construcción, ha quedado lo mismo que en la declinación, en un estado intermedio.

(1) Véase el siguiente ejemplo: Choma darçe jud-ra namidanid; eetegadam in ast kie derug gioftid o darçe jud-ra hich heft nakiardid, que traducido literalmente dice así: vos—lección—de vos á—no sabeis; creencia mía—esta—es—que—vos—mentira—habeis dicho—y—lección—de vos á—de ningún modo—aprender de memoria—no habeis hecho.

La construcción antigua, si no la primitiva, debió ser como la sáns-crita con el verbo al final de la oración: la evolución se inició en dicha lengua, en lo que respecta á su sintaxis, lo mismo que en la que respecta al sistema preposicional; pero quedó detenida en el punto en que hoy se nos ofrece sin haber llegado al fin, exactamente lo mismo que le sucedió en la declinación. Trasladó el verbo del fin al medio de la frase en la oración principal, si aquel está en tiempo simple; pero cuando el tiempo sea compuesto, se contentó con poner el auxiliar en medio de la frase sin arrastrar éste al participio ó infinitivo que continúan en el lugar que antiguamente tendrían lo mismo que sucede en la oración subordinada. Pero en mi opinión, esta sintaxis que empieza la oración con el sujeto, no debió ser la primitiva de la lengua indo-europea, en la cual, el sujeto cuando era primera ó segunda persona, iba siempre detrás del verbo como nos lo demuestran los pronombres sufijos ó desinencias; y lo mismo cuando fuera tercera persona expresada ésta por un pronombre. Un tránsito al orden de la construcción moderna debió ser el de comenzar la oración por el sujeto cuando éste no viniera expresado por una sola palabra ó un pronombre; salto que debieron dar también las lenguas tártaras, en las cuales, lo mismo que en las indo-europeas, los pronombres sufijados á lo que diríamos tema verbal, constituyen la conjugación (1). En un discurso como el presente no debo extenderme á más; aunque sí creo demostrada mi tesis, en lo que se refiere el desarrollo de la lengua indo-europea.

De cuanto llevamos dicho, dedúcese que en rigor no puede hablarse de sintaxis regular y figurada, orden lógico y no lógico, construcción directa é inversa, porque todos estos términos son de significación relativa, y resultarán aplicables á unas ú otras lenguas, según sea la que se tome como norma de la clasificación. Ni debería hablarse tampoco en el estudio de la sintaxis de palabras regentes y regidas, porque no hay tal. Cada palabra desempeña en la oración su función particular y propia, que viene designada ya por el caso, ya por la preposición ó posposición,

(1) Véase el pretérito imperfecto de indicativo del verbo ser: yo era = *idin*, tú eras = *idin*, él era = *idi*; nos. éramos = *idik*, vos. érais = *idini*, ellos eran = *idiler*. Los pronombres posesivos sufijos son: —*m* mío, —*n* = tuyo; —*y* = suyo, de él, —*mi* = nuestro, —*ni* = vuestro, —*lari* ó —*leri* = de ellos.

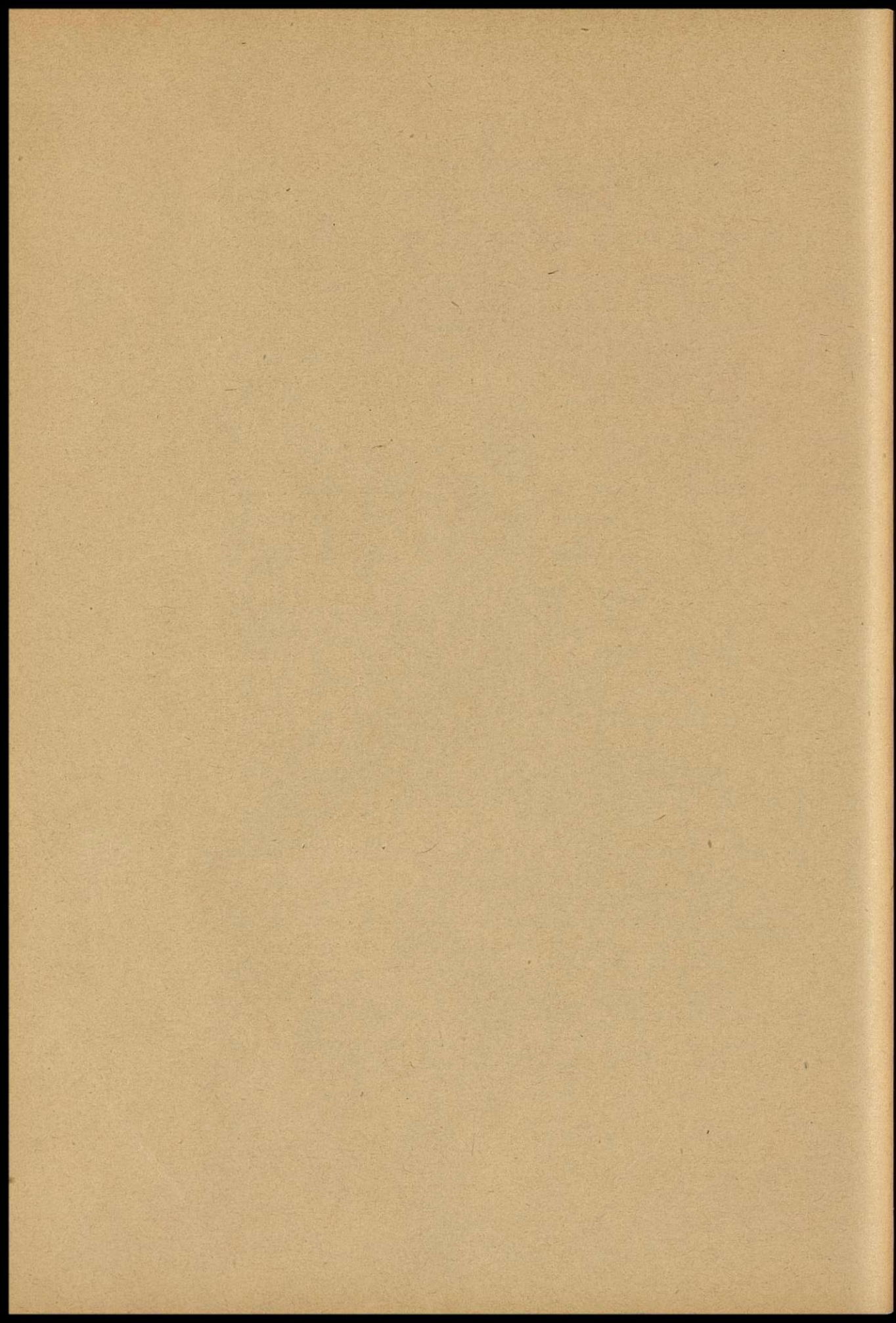
ya por el orden en que se coloca respecto de otras. Si decimos que el verbo transitivo rige acusativo, con la misma razón podemos decir que el acusativo rige al verbo transitivo. Pero ni lo uno ni lo otro. El acusativo necesita, para completar su sentido, de un verbo transitivo, así como éste necesita también para completar el suyo de un acusativo. Uno y otro se completan; es más: sin la sintaxis, sin la unión que entre ellos se establece en la frase, no se puede determinar la significación de ninguno de los dos; el acusativo, por sí mismo, puede expresar varias relaciones; el verbo, aisladamente y sin el acusativo, puede tener distintas significaciones. La significación propia de uno y otro resulta de la unión de los dos, unión que establece y determina misteriosamente el espíritu sin que sepamos cómo, lo mismo que establece la unión entre la idea y el sonido vocal que la representa y evoca en el mismo espíritu. Unión que los griegos, en su admirable perspicacia, designaron con la palabra *λόγος*, que por su etimología no significa más que *unión, conjunción*; pero entiéndase bien: unión, entre la idea y el sonido, en cuyo caso *logos* significa *voz, palabra, dicción*; unión, entre las distintas dicciones, y entonces significa *discurso, sermo, ratiocinatio*. Cómo ha entendido ó practicado el espíritu esas uniones, según el tiempo, es lo que, en mi sentir, debería ser el objeto de la lógica, de la ciencia del *λόγος*. Entendida así la construcción, no hay razón para hablar de orden lógico en contraposición á otro que deberá ser *no-lógico*, siendo como es producto y resultado del *λόγος*, sin el cual no puede haber lógica.

Dos palabras nada más para terminar. En las mismas lenguas neo-latinas no se observa tampoco ese orden con regularidad matemática; la que más lo observa en su construcción es el francés, pero el castellano es más libre, y bien harán cuantos en él escriban de desentenderse de este orden, siguiendo el que su inspiración les dicte, siempre que no se menoscabe la claridad de la expresión. En este particular, vemos también en el mismo castellano que la gramática no anda siempre de acuerdo con la lógica. Las reglas que dan casi todas nuestras gramáticas latinas para deshacer el *hipérbaton*, convienen más á la sintaxis francesa que á la castellana; siguen aún en esto el orden que recomendó Prisciano y los antiguos gramáticos. Pero nuestros escritores clásicos no se han sujetado á ese orden, y para convencerse, no hay más que abrir y leer en cualquiera de sus obras. Véase el comienzo del *Quijote*, el de la

epístola de Martínez de la Rosa al Duque de Frías, que empieza: «Desde las tristes márgenes del Sena,» y mil más. Pónganse todos esos párrafos en el orden llamado lógico: se entenderá lo que dicen; pero la fuerza, vigor y gallardía de la expresión habrán desaparecido.

Ni es razón tampoco la que suele aducirse, de que á la falta de la flexión nominal se debe el que las lenguas neo-latinas se vean precisadas á seguir el llamado orden directo. No es razón, repito, porque si no tenemos la flexión, tenemos su equivalente en el sistema preposicional; la causa de este orden es psíquica en su origen, en su tendencia y en su fin. La relación entre los términos de la frase puede expresarse, como hemos visto, en las mismas lenguas indo-europeas, por el orden de colocación de las palabras. Cuando la lengua siga inalterablemente una construcción fija, sea ésta ascendente ó descendente, no necesita preposiciones ni casos; basta con que se entienda que la palabra determinante va delante ó detrás de la determinada, según sea la clase de construcción; el espíritu se encarga entonces de suplir la relación. Por lo tanto, no están en lo cierto los gramáticos franceses al decir que la falta de la flexión les obliga á esa regularidad casi matemática de su sintaxis. Esto sería sujetar la libre expresión del espíritu, haciéndola depender del empleo de un caso ó de una preposición. No: la causa debe buscarse en lo que ellos toman por efecto; si no tienen la flexión ni la preposición equivalente, es porque no la han menester; y no la han menester, porque el espíritu francés, puesto en la pendiente de la construcción descendente, no ha sabido detenerse y la ha llevado hasta el fin. Espíritu más sistemático y menos libre que el del castellano y demás lenguas neo-latinas.

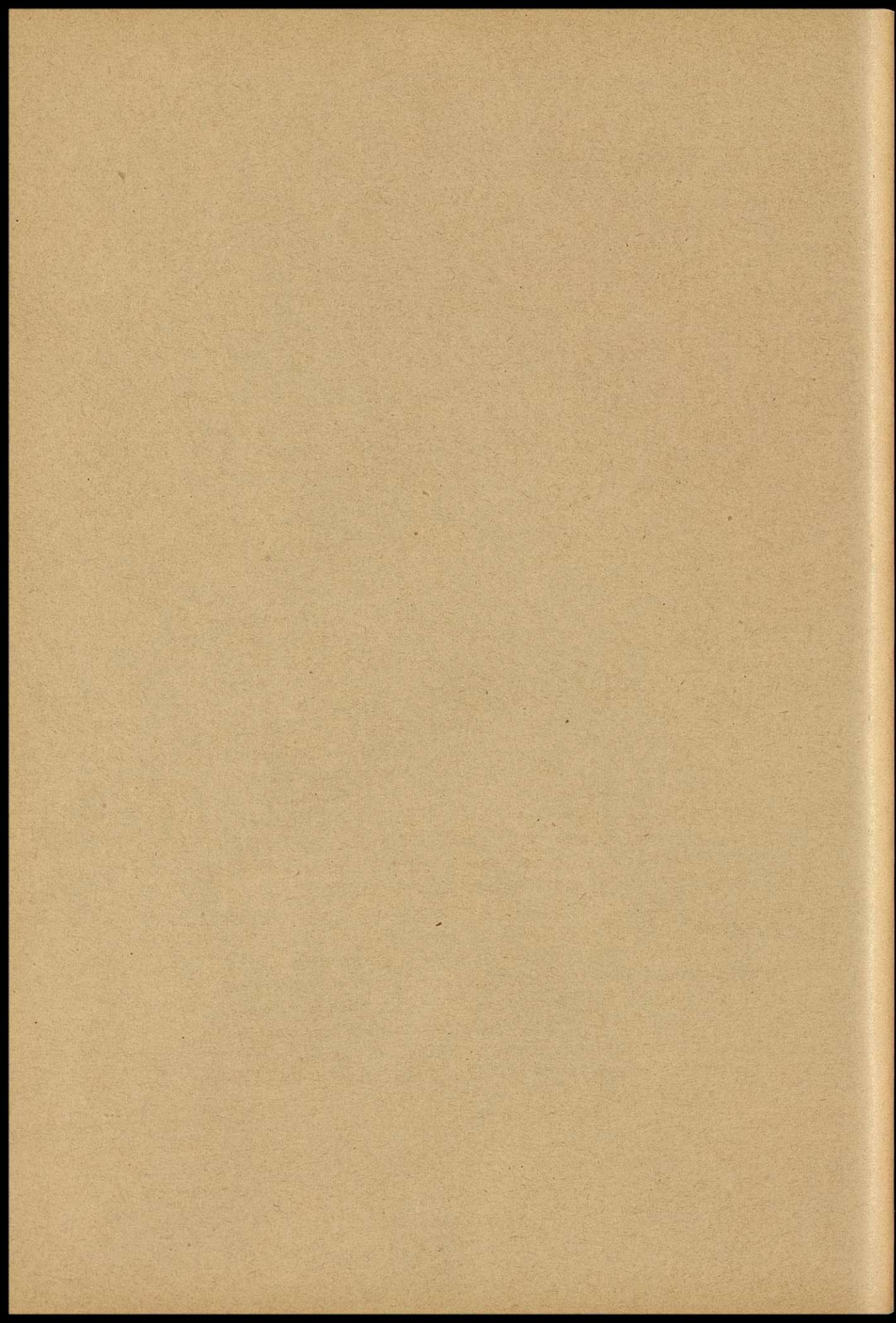
HE DICHO.



CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. FRANCISCO A. COMMELERÁN



SEÑORES ACADÉMICOS:

Cuando el piadoso Eneas contemplaba las hazañas y los desastres de los troyanos en la famosa guerra, hazañas y desastres que la reina Dido había hecho pintar en los muros del soberbio templo, que en honor de Juno, esposa y hermana de Júpiter y reina de los dioses, levantaba en la naciente Cartago, entre asombrado y agradecido, volviéndose hacia su fidelísimo amigo y compañero Acates, no pudo menos de exclamar: *¡Sunt hic etiam sua præmia laudi!* Contemplad conmigo, señores Académicos, no las hazañas y los infortunios de los heroicos defensores de Ilion en la épica guerra, sino los desvelos cariñosos, la abnegación de una honradísima familia campesina, que se desvive y trabaja sin descanso, que no omite sacrificio alguno para que el mayor de sus hijos, que siente aspiraciones generosas muy superiores á la humilde condición en que por designio providencial le cupo nacer, las realice cumplidamente con su perseverancia en el trabajo, y fortalecido su espíritu con la ejemplar educación que desde los primeros años de su vida le daban las acrisoladas virtudes, que tenían su natural asiento en aquel hogar cristiano y español, cuyas angustias y estrecheces no impedían á los individuos de la humilde familia gozar aquella inefable satisfacción interior, que como anuncio de más alta recompensa otorga la Providencia divina á aquellos elegidos suyos, que cumplen fielmente en esta vida sus deberes con Dios y con los hombres.

En el pintoresco pueblo de Cullera, en la provincia de Valencia, vivía esa familia en cuyo seno, en 1.º de Julio de 1866, vino á nacer el primer hijo, colmando de satisfacción y de alegría á sus padres, que vieron en él, como cristianos, el fruto de bendición que á sus virtudes otorgaba el cielo. No era aquella una familia vulgar, á pesar de su pobreza, ni menos una de esas familias infelices, po-

cas, por fortuna, en España, que en cada hijo que nace ven una seria y formidable complicación, que puede producir en el hogar del poderoso un *déficit* enorme en los goces y placeres de la vida mundana, ó un enorme *superabit* en las privaciones y estrecheces que acosan el hogar del pobre. No: en aquella familia la resignación acrecentaba las energías físicas del padre, y avivaba la sensibilidad exquisita de la madre, cuyas naturales luces, prudencia y discreción acrecían de modo inverosímil el mísero jornal que en sus manos depositaba el esposo todas las semanas. Así pudo ser que, asistido de los cuidados que su honrada pobreza consentía á aquellos padres, acudiera aquel niño desde sus primeros años á la escuela, donde aprendió con facilidad nada común á leer y escribir, y luego los rudimentos de la Gramática y Aritmética, de la Geografía y de la Historia, y cuantos comprende el período de instrucción que llamamos primera enseñanza; y en ellos, dada su edad, se afirmó de tal manera, que á los diez años entraba de escribiente meritorio en el despacho de uno de los Notarios de aquel pueblo. Allí desempeñó como pudo su papel, hasta que al abrirse el curso académico en el siguiente año, marchó á Valencia, en cuyo Seminario estudió el primer año de latín hasta Pascua de Resurrección, en que regresó á su pueblo natal, de donde no volvió á salir para reanudar los comenzados estudios, porque la falta de los recursos necesarios había hecho fracasar los halagüeños proyectos, que respecto á él habían concebido sus padres. El niño, que no contaba todavía doce años, se había hecho cargo de la situación, y para corresponder en lo posible á los desvelos de sus padres y dulcificar también sus amarguras, cediendo á las necesidades imperiosas que sobre ellos pesaban, hasta los diez y siete años ayudaba á sus padres trabajando en las labores del campo durante el día, y enseñando á leer y escribir durante la noche á algunos niños del barrio en que habitaba. Aquellos discípulos le remuneraban su trabajo con dos reales al mes los que aprendían á leer, y con una peseta los que aprendían á leer y escribir. No era en verdad muy espléndida la remuneración que aquella enseñanza le proporcionaba; pero en poco tiempo fué adquiriendo fama y reputación la modesta escuela, hasta llegar á producir cincuenta ó sesenta pesetas mensuales, á pesar de que no todos los que á ella concurrían pagaban la mensualidad estipulada. Con dos pesetas que la escuela le producía por la noche, y otras dos del jornal que le daban de su trabajo en

el campo durante el día, ayudaba á sus padres á sostener aquella familia, que por haberse aumentado más que regularmente, les ocasionaba mayores preocupaciones y cuidados. Y no era una de las menores preocupaciones de aquellos padres la referente al porvenir de su primogénito, cuya viveza de ingenio y laboriosidad perseverante les auguraban que podría abrirse camino para llegar á las alturas, aun á pesar de las dificultades y obstáculos casi insuperables que de ordinario suelen oponerse á las aspiraciones más justas y á los propósitos más nobles. Resolvieron, por tanto, que el joven maestro ampliara sus conocimientos estudiando la segunda enseñanza.

Y como lo habían previsto, surgieron las más graves dificultades al poner en práctica proyecto semejante. Por de pronto, no había en Cullera colegio alguno donde pudiera seguir el joven los proyectados estudios: el más próximo estaba establecido en Sueca á siete kilómetros de Cullera. Hubo, pues, que vencer no pocas dificultades, principalmente económicas, hasta que consiguieron formalizar en el colegio de Sueca la matrícula de aquel joven como alumno del primer año del bachillerato. Aprovechó el estudiante su tiempo de tal modo en aquel curso, que en los exámenes de Junio de 1883 obtuvo dos Sobresalientes, dos premios y una pensión de 375 pesetas anuales, y libros y matrículas gratuitas para el siguiente curso, en el cual el éxito coronó de igual suerte sus esfuerzos, lo mismo que en el tercero; pero en éste y en el anterior la pensión obtenida fué ya de 500 pesetas.

Había por entonces aquel joven cumplido la edad señalada por la ley para prestar el servicio militar; y como en el sorteo de aquel año le cupo la suerte de soldado, hallábase esperando el momento en que le llamaran á las filas; mas antes de ingresar en ellas intentó aprobar los dos años que de la segunda enseñanza le faltaban: así terminaría aquel período de sus estudios y quedaría más desembarazado para poder aprovechar las contingencias que le ofreciera su nueva situación, y terminar lo más pronto y del mejor modo posible su carrera; pero la empresa no era tan fácil como parecía, y menos para quien, como él, sólo contaba para realizarla con los escasos recursos, que le suministraba su solo personal esfuerzo. Por de pronto, hubo de renunciar á la matrícula oficial, que ya tenía hecha para el cuarto año; había que duplicar el esfuerzo y el trabajo, y era, además, forzoso resignarse á ver dismi-

nuir los mermados recursos con que contaba, ya que al dejar de ser alumno oficial para convertirse en libre, tenía que renunciar á las 500 pesetas de la pensión que por su aplicación y aprovechamiento había conquistado el año anterior en público certamen. Grave dificultad era aquélla para continuar el camino emprendido: intentó vencerla como pudiera; hasta llegó á pedir á algún personaje poderoso el favor de que por aquel año se le conservara la pensión; prometióle el personaje hacer cuanto pudiera para favorecerle; pero la pretensión, aunque pequeña, era ilegal á todas luces, y, por consiguiente, era imposible acceder á ella; perdió, pues, su pensión, y en aquel año, que era el de 1886, aprobó el cuarto curso en la convocatoria de Enero, y el quinto en la de Mayo.

En Julio siguiente fué llamado á filas y destinado al batallón Cazadores de Mérida, que entonces se hallaba de guarnición en Gerona. Era á la sazón Capitán General de Cataluña el Teniente General D. Ramón Blanco y Erenas, y para él se proporcionó el quinto de Cullera recomendación tan eficaz, que por ella consiguió que se le trasladase á Barcelona á prestar sus servicios como ordenanza en la Capitanía general, y que se le dejara libre el tiempo necesario para el estudio y la asistencia á las clases de aquella Universidad, aunque con obligación de asistir á los ejercicios de brigada cuando se verificaban. A pesar de esta positiva ventaja, la situación había cambiado para él en muy desventajosas condiciones. Proponíase emprender la carrera á que sus aficiones le llevaban, y su familia no podía ayudarle en los gastos que aquel empeño exigía: las atenciones, aunque no muy grandes, resultaban abrumadoras en relación con los medios disponibles. En país para él desconocido, y con las trabas que impone el servicio militar, no era fácil que el joven soldado diera cima á tan ardua empresa: bien mirada la situación, el fracaso se imponía por modo inevitable; pero aquel joven que en años anteriores, y después de recorridos diariamente los catorce kilómetros de ida y vuelta hasta su casa, al volver del colegio de Sueca dejaba en tierra los libros y empuñaba brioso el azadón para ayudar á su padre en las labores del campo, había demostrado ya que, además de claro y superior entendimiento, poseía una voluntad de acero á toda prueba, y que, por tanto, para él plantear un problema era resolverlo. Puso, pues, manos á la obra, y encomendando á Dios el buen éxito de ella, con un pan de munición que le daban en el cuartel todos los días, catorce pesetas

que cobraba al mes por estar rebajado de rancho, y otras quince que á durísimas penas le enviaban sus padres, estudiaba, comía y fumaba, y todavía ahorraaba treinta céntimos todas las semanas para escribir á su novia y á la familia. Así, en esa situación y con aquellos recursos, el hijo del jornalero de Cullera en los cursos de 1886 á 1887, y de 1887 á 1888, estudió y aprobó la Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras, con tanto lucimiento, que obtuvo en ella siete premios ordinarios y el extraordinario, por el cual se le concedía el título correspondiente libre de gastos. Cinco de aquellos premios y el extraordinario correspondían al curso último de los dos anteriormente citados; y fué inesperada, pero merecida fortuna para nuestro estudiante, que presidiese aquel año la inauguración de las tareas universitarias en Barcelona el Director general de Instrucción pública D. Emilio Nieto, quien al ver que en la solemnidad académica y en medio de los aplausos unánimes y entusiastas de la concurrencia, confuso y aturdido se adelantaba un soldado á recibir cinco premios y el extraordinario de la Licenciatura, le llamó á su lado, le felicitó cariñosamente, y le rogó que le manifestase si deseaba algo, que el Director general pudiera hacer en su beneficio. Aquel soldado modesto, de nombre ignorado todavía, que en honroso certamen acababa de conquistar en el campo de las letras tan preciados lauros después de porfiada y desigual lucha con todo género de contrariedades y obstáculos, pensó en aquel momento, que lo único que él necesitaba era tiempo y libertad para entregarse con toda su alma á satisfacer de lleno y libre de trabas la irresistible pasión que los libros le habían inspirado desde niño. Pidió, pues, la licencia del servicio militar, y pocos días después se le concedía en Consejo de Ministros la gracia solicitada y la encomienda de Isabel la Católica libre de gastos.

Desde aquel momento, sin más dificultades que las económicas que nunca le abandonaron, se dedicó con mayor intensidad á sus estudios, y entonces fué cuando dirigido por D. Pedro Roca, prematuramente arrebatado á la cultura española, se dedicó al estudio de la lengua y literatura sánscritas, mientras terminaba en Barcelona los del Doctorado, cuya reválida hizo en Madrid en Junio de 1889.

Dos años más tarde, en 1891, obtuvo por oposición la cátedra de lengua griega en la Universidad de Granada, que desempeñó



brillantemente hasta que en nueva oposición fué nombrado para la misma cátedra en la Universidad de Madrid.

No es preciso, señores Académicos, que os diga que el humilde maestro de Cullera, que aquel soldado de la Universidad de Barcelona, que el Catedrático de las Universidades de Granada y de Madrid, era nuestro nuevo é ilustre compañero el Sr. D. José Alemany y Bolufer, á quien por honrosísimo encargo que me habéis confiado, vengo á dar hoy la bienvenida. Y ahora descontad, señores Académicos, la pesadez, el desaliño y el desmayado estilo de mi relato, y decidme si no es interesante, si no es conmovedora, si no es edificante y en alto grado ejemplar la historia que os acabo de referir. ¿No creéis que al echar una mirada sobre su honroso pasado, muy reciente todavía, y al contemplar ya sereno y tranquilo su titánica y constante lucha con la prosa implacable de la vida, y al recordar la serie de aquellos triunfos, que sostuvieron sus energías, y principalmente al ver hoy colmados y satisfechos todos sus anhelos, siendo recibido en esta Academia, cuyas puertas le han abierto sus propios méritos, que con voto unánime habéis reconocido y sancionado, puede con razón el Sr. Alemany, y podemos todos en el día de hoy, decir con el poeta: «También aquí tienen su premio la virtud, el talento y la perseverancia, *sunt hic etiam sua præmia laudi?*»

Así es, en efecto: mas no creáis que, alcanzada tan preciada y merecida recompensa, llegue la fecunda actividad del Sr. Alemany á sentir la nostalgia del reposo; porque á pesar de su exagerada y casi infantil modestia, tiene desde hace tiempo acreditado, sin que lo pueda disimular, el nobilísimo afán que le domina por contarse entre los más activos é infatigables colaboradores en el desarrollo y progreso de la cultura de su patria.

Ese nobilísimo afán le ha conquistado lugar eminente entre los helenistas españoles; y aunque la imprenta no ha dado muestra todavía de los sólidos y profundos conocimientos, que en la lengua y literatura griegas posee el nuevo Académico, no pasará mucho tiempo sin que una castiza, fiel y correctísima traducción de las tragedias de Sófocles nos ponga al corriente de cómo el Sr. Alemany interpreta el pensamiento de los clásicos griegos, y cómo desde su cátedra propaga y difunde las luces de su muchísimo saber, contagiando á sus discípulos con el amor y el entusiasmo, que desde muy joven le inspiraron la cultura y civilización helénicas. Ese nobilí-

simo afán ha hecho de él uno de los filólogos españoles, que con Eguílaz, García Ayuso y Gelabert y el citado Roca más se han distinguido en la meritoria labor de arraigar en España el estudio de la lengua, que el fundador de la filología comparada, nuestro egregio Hervás y Panduro, en neto y castizo romance llamó *sanscreda* ó *hanscreta*, y que hoy decimos *sánscrita* y *sanscrit*, con nombres, sobre todo el último, que no ostentan el cuño de nuestro romance castellano.

De su dominio completo de la lengua brahmánica dan elocuente testimonio las esmeradas traducciones que ha hecho directamente del sánscrito á nuestra lengua. Entre ellas son las principales el *Hitopadeza* ó *Provechosa enseñanza*, impresa en Granada en 1895, con un prólogo muy notable, en que D. Pedro Roca refiere minuciosamente la historia de los estudios sobre la lengua sánscrita en España. Hecha sobre el texto sánscrito de la edición de Francisco Johnson (Londres, 1847), va acompañada esta traducción de notas filológicas, históricas, filosóficas y mitológicas, que ilustran y aclaran la interpretación del texto, y al final, de una tabla alfabética de nombres propios y demás términos sánscritos que entran en ella.

En 1896 publicó en Madrid la traducción del episodio del *Mahābhārata*, titulado *Bhagavad-Gītā* ó *Poema Sagrado*, con un erudito y concienzudo prólogo de D. Joaquín María de los Reyes, Catedrático del Instituto de Granada, y va dedicada por el autor á su maestro el insigne filólogo Dr. Balari, Catedrático que fué de lengua griega en la Universidad de Barcelona. Para esta traducción el autor ha tenido presente el texto sánscrito de la edición de J. Cockburn Thompson (Hertford, 1855). Va también acompañada de notas, que aclaran los conceptos oscuros ó difíciles del texto, y seguida de un índice de los nombres propios y términos sánscritos que se encuentran en ella.

La traducción del *Panchatantra* ó *Cinco series de cuentos*, impresa en Madrid en 1908, lleva un prólogo en que el traductor traza la historia de esta famosa colección de cuentos, que fué traducida al persa, y de este al árabe, haciendo minucioso y erudito cotejo de esta traducción arábiga y del primitivo texto sánscrito con el *Libro de Calila y Dymna*. El texto de que se ha servido el autor para su traducción castellana es el de la edición de Kielhorn y Bühler. En esta como en las anteriores va también aclarado el texto con abundantes notas, y al final con un índice alfabético muy completo, en

que se explica la significación de los nombres propios y demás términos sánscritos que ocurren en la traducción.

En la *Revista Contemporánea*, en Octubre de 1896 publicó también en Madrid la traducción del *Ritusāmhara* ó *Ciclo de las estaciones*; y en Granada en 1897, en el periódico *El Popular*, una traducción del episodio del *Rāmāyana*, que se titula *Vizvamitra*; y dentro de poco verá la luz pública la traducción del *Código de Manú*, interesante documento de la jurisprudencia brahmánica.

Estas traducciones de que doy aquí ligerísima noticia, se distinguen principalmente por la exactitud de la interpretación, como hechas directamente sobre el texto sánscrito y por un traductor, que siendo además consumado filólogo y literato, pone á contribución para el desempeño de su cometido, sus profundos conocimientos históricos, filológicos, mitológicos, etc. Para formarse un concepto aproximado de cómo hace sus traducciones del sánscrito el Sr. Alemany, bastará que nos fijemos en algunos pormenores, que él mismo nos suministra en el discurso que acaba de leer. En la página 40 nos dice que «en el *Hitopadeza* no se halla usado el aoristo más que seis veces, cuatro en indicativo y dos en subjuntivo. El llamado precativo no se encuentra más que una vez. En el *Bhagavad-Gītā* seis aoristos en todo el poema, dos en indicativo y cuatro en subjuntivo. El precativo ni una sola vez. Tampoco el llamado condicional se encuentra en esas dos composiciones.» De estas observaciones, reforzadas por otras posteriores, viene á deducir, que el uso que del modo subjuntivo se hace en castellano y otras lenguas para prohibir, se remonta por su origen hasta la primitiva lengua indo-europea. Antes, en la página 34, presenta el cuadro de las preposiciones usadas en el *Hitopadeza*, que son once, y enumera las veces que se usa cada una antepuesta y pospuesta al caso á que acompaña, anotando la página y línea en que cada una se encuentra en el texto sánscrito; y como resulta que todas ellas se usan sesenta y cinco veces pospuestas, y doce antepuestas, infiere lógicamente que las preposiciones en un principio fueron más bien posposiciones. Pero dejando á un lado las consecuencias lógicas que sus observaciones le sugieren, ¿la observación misma del hecho en que la deducción se apoya, no demuestra claramente la sagacidad del observador y la intensidad del esfuerzo intelectual que en tales trabajos ha puesto el Sr. Alemany?

Además de las lenguas indo-europeas, cuyo conocimiento le es

tan familiar, no desconoce el Sr. Alemany las semíticas, principalmente la hebrea y árabe, en las cuales es peritísimo maestro. Su positivo conocimiento de la lengua arábica le ha servido grandemente para escribir su documentada y hermosa monografía titulada *Milicias cristianas al servicio de los Sultanes musulmanes del Almagreb*, publicada en Zaragoza en 1904, y que forma parte del *Homenaje tributado á D. Francisco Codera con motivo de su jubilación del Profesorado*, y que es un notabilísimo trabajo de investigación histórica, digno del ilustre maestro á quien va dedicado, y prueba elocuente y cumplida de la vasta y profunda erudición orientalista de nuestro nuevo compañero.

Dedicada á la memoria de su amigo D. Leopoldo Eguílaz y Yanguas, insigne Catedrático y Decano que fué de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, ha dado á luz una Gramática que modestamente titula *Estudio elemental de Gramática histórica de la lengua castellana*, del cual se han publicado ya dos ediciones (Madrid, 1902 y 1903), y que es un bosquejo histórico, razonado y completo de nuestro romance. Para que se puedan comprobar y fijar en la memoria de los estudiosos las reglas expuestas en esta Gramática, va acompañada de una breve y bien dispuesta crestomatía compuesta de fragmentos discretamente entresacados de obras de escritores anteriores al siglo xv, y de un vocabulario de las voces anticuadas que se encuentran en los citados fragmentos.

Tal es, señores Académicos, la labor científica y literaria que ha conquistado al Sr. Alemany el justo renombre de que goza en la república de las letras y la unanimidad de vuestros sufragios, al elegirle para ocupar en nuestra Academia el puesto á que le daban derecho indiscutible sus merecimientos generalmente reconocidos y estimados. Respondiendo á lo que de sus antecedentes esperábamos, hoy se presenta ante vosotros á dilucidar en forma completamente original un tema absolutamente nuevo en los anales de la Filología.

«El orden de las palabras en la frase; pero estudiado, no en detalle como se hace al circunscribir ese estudio á determinada categoría de palabras, ó á tal ó cual escritor, ó á determinada época de la historia de una lengua, sino mirado en su conjunto, relacionando la sintaxis con la morfología de las lenguas indo-europeas, viendo por fin si el orden que los gramáticos tienen por regular y

lógico es el único digno de tal nombre, ó si, por el contrario, puede darse otro tan lógico y natural como aquél, aunque en comparación suya resulte diametralmente inverso.»

Tal es el tema que magistralmente dilucida el Sr. Alemany en el eruditísimo discurso que acaba de leer; tema por todos conceptos interesante y de tal novedad, que al menos, en la forma en que lo presenta, en la extensión con que lo plantea y en la tendencia que imprime á su desarrollo, resulta de originalidad indiscutible; porque aunque es cierto que Federico Díez y Meyer Lübke han tratado esta cuestión con gran profundidad, estudiando detalladamente el orden que en la frase ocupan las palabras en cada una de las lenguas neo-latinas, el Sr. Alemany ensancha los términos del problema; y por lo que al origen se refiere, lo extiende hasta las lenguas sánscrita, griega y latina; y por lo que toca á las lenguas derivadas, no lo circunscribe sólo á las romances, sino que amplía sus límites hasta comprender dentro de ellos todas las lenguas indoeuropeas; pero sin descender á los detalles, manteniéndose en la esfera de lo general, profundizando en la esencia misma del lenguaje, estudiando sus evoluciones desde la época prehistórica hasta el momento actual, y explicando con hechos y datos positivos cómo al modificar su pensamiento el espíritu indo-europeo fué modificándose la forma de expresión hasta llegar á una construcción de forma y carácter diametralmente opuesta á la primitiva, porque al fin y al cabo la construcción de una lengua no es otra cosa que el molde, que á imagen y semejanza suya va labrando el espíritu del pueblo que la habla, para fundir en él su pensamiento.

El Sr. Alemany estudia desde muy alto el asunto que ha elegido para cumplir el precepto reglamentario que el ingreso en esta Academia nos impone á todos; desde tan alto lo mira, que no puede fijar su atención en detalles y minucias, que no hacen á su propósito, sino que abarcando el problema en todo su conjunto, lo resuelve en toda su extensión con la claridad y exactitud propias de quien, como él, tiene dominio tan absoluto en materia tan complicada y difícil. Ese dominio se pone de manifiesto en el plan á que se ajusta el desenvolvimiento de su tesis. Para mayor claridad, divide su trabajo en dos capítulos. En el primero estudia el orden que en los idiomas europeos observan las palabras en la frase; y después de minucioso y detenido examen, deduce lógicamente que la construcción propia de tales idiomas es en general la descen-

dente, ó sea la que presenta el elemento regido después del regente, si bien las lenguas inglesa y alemana ofrecen en su construcción un sistema que podríamos llamar ecléctico, por ser en ellas en parte ascendente y en parte descendente el orden de colocación de los términos en la frase. Sostiene, además, que en griego y latín pueden encontrarse todas las formas de construcción que presentan las lenguas europeas, por lo mismo que en los idiomas latino y griego la construcción es libre, y fija en los neo-latinos y demás lenguas de Europa.

En el segundo capítulo demuestra que la construcción de la frase en la lengua indo-europea fué la ascendente, ó sea la que antepone la palabra regida á la regente; y naturalmente, salta á la vista la contradicción que implica el suponer pertenecientes á la misma familia lenguas que, como el griego, el latín, el inglés, el alemán y las neo-latinas, ostentan variedad tan notoria en carácter que, como la construcción, revela más decisivamente que otro alguno el espíritu y el genio de las lenguas. Para el Sr. Alemany, peritísimo y experto investigador de los fenómenos históricos en el desarrollo y perfeccionamiento de las lenguas, esa variedad que en punto á la sintaxis presentan los idiomas citados, no denota diversidad de origen; esa diversidad de construcción no indica para él otra cosa que un estado del desarrollo histórico de esas lenguas en época distinta, y, por consiguiente, es la manifestación de un grado distinto en la evolución de su desarrollo y perfeccionamiento, y resultado, por tanto, de la diversa manera de combinar en ellas los elementos del lenguaje para expresar el pensamiento en conformidad con el estado de cultura del pueblo que las hablaba. Por eso afirma lógicamente que la transformación de las lenguas sintéticas en analíticas es más bien un fenómeno psíquico que mecánico; y por esa misma razón no admite que el acento sea la causa de la pérdida de la flexión nominal en las lenguas neo-latinas, sino que atribuye esa pérdida á una evolución que desde muy antiguo se inició en ellas, y tal vez en la lengua madre. En realidad, el acento, como causa mecánica y material, no pudo tener eficacia y poder bastante para hacer que desapareciera la flexión nominal en las lenguas neo-latinas, puesto que este fenómeno no puede ser efecto sino de un modo distinto de concebir la importancia y valor de los elementos del lenguaje, y, por tanto, la causa que lo produjo no podía ser puramente material ó mecánica, y debe, por consiguiente, buscarse

en la elaboración misma del pensamiento. Ese criterio eminentemente espiritualista, tan razonable, tan acertado y tan luminoso es el que guía al Sr. Alemany en la investigación lingüística de su doctísima disertación, sin que por eso deje de aprovechar á cada paso la enseñanza que á su perspicacia de investigador peritísimo ofrecen los hechos materiales catalogados en la historia de las lenguas sometidas á su observación y análisis. El Sr. Alemany, que ha dedicado la mayor y mejor parte de su vida al estudio de la gramática de las muchas lenguas que conoce y que posee, ha llegado á convencerse de que «la sintaxis es la parte principal de la gramática, y casi puede decirse que la única de toda gramática;» y á tal punto lleva su convencimiento, que un poco más adelante afirma que «la morfología, en las lenguas que la tienen, no es más que una parte de la sintaxis, lo mismo que el tratado de la formación de palabras por derivación y por composición,» hasta que resueltamente llega á dar por sentado que «en las lenguas todo es sintaxis.»

Este luminosísimo concepto que de la Gramática tiene el señor Alemany, es el fundamento solidísimo y original en que se apoya la doctrina que expone en su discurso de hoy, y podrá ser la base y el espíritu de otras obras, que, de su laboriosidad fecunda y de su erudición más que copiosa, espera en próximos días la cultura nacional. Reducida para él á sintaxis toda la Gramática, fija su atención en los temas nominales; y como ya la lengua indo-europea se valió de la derivación y composición para completar y determinar la significación de los elementos fónicos del lenguaje que la tenían indeterminada y vaga, descubre en los temas nominales dos elementos: el primero, que es la raíz, y el segundo, el afijo que determina y precisa la significación indefinida y vaga del primero, como el predicado concreta en la frase la significación del sujeto; descubre, por tanto, en la formación de los temas una verdadera relación de sintaxis, y lo confirma con ejemplos tomados del sánscrito, del griego, del latín, del alemán y del inglés, y con el procedimiento que en la formación de los comparativos y superlativos siguieron el sánscrito, el griego y el latín, haciendo notar que cuando estos sufijos perdieron en la mente del pueblo su significación primitiva, el pueblo mismo empezó á usar los sufijos secundarios, hasta que borrada de nuevo en la conciencia popular la significación de estos sufijos, la evolución que se había iniciado ya en estas lenguas hizo que los reforzase primero y los sustituyese

después con otros elementos, que no colocó detrás, sino delante del positivo, convirtiendo así en descendente la construcción que en esta parte era ascendente en épocas anteriores.

Siguiendo este mismo procedimiento racional, entra en el análisis de los compuestos, y como considera, y así resulta en la realidad, que la derivación y la composición son en el fondo un mismo procedimiento en la formación de las palabras, puesto que si en la derivación el sufijo pospuesto recibe de la raíz ó tema la determinación de su sentido general, teniendo en cuenta que tanto la raíz como el sufijo fueron, sin duda alguna, elementos significativos, que se usaron independientemente en la lengua indo-europea, infiere con lógica incontrastable que cuando dos palabras concurren á la formación de una sola, hay entre ambas una relación de sintaxis que claramente se percibe, no sólo en compuestos de los llamados por régimen, como *senatus-consultum*, *Πελοπόννησος, ἀνδράδελφος*, *luci-fer*, etc., sino en aquéllos que los gramáticos llaman, sin fundamento alguno, asintácticos, como *cerapez*, *ajoquezo*, *reciprocus*, *meridies*, etc., puesto que en unos y otros el segundo precisa ó concreta la significación del primero, y basta el orden de colocación que observan en la composición del vocablo, para deducir la relación sintáctica que entre ellos media.

Examina después las formas casuales y la sustitución de las desinencias de los casos por preposiciones, fenómeno interesantísimo que ha ocupado la atención de los más eminentes filólogos, que lo han atribuído á causas diversas. A la luz del criterio, que, según hemos visto, le guía en sus investigaciones y en sus juicios, empieza el Sr. Alemany por reconocer que las desinencias de la declinación en las lenguas flexivas representan una relación sintáctica equivalente á la que en las neo-latinas expresan las preposiciones. Qué fueran en la lengua primitiva estas desinencias casuales no lo aclara el Sr. Alemany, ni es fácil que lo aclare nadie: carecemos de formas intermedias, nos faltan elementos de comparación que puedan contribuir á esclarecer el misterio, y este punto será probablemente uno de los arcanos que permanecerán por siempre impenetrables á la investigación de los sabios. Así lo reconoce el nuevo Académico, que partiendo de la equivalencia establecida entre nuestras preposiciones y las desinencias casuales, hace notar que en la primitiva lengua indo-europea la relación existente entre dos nombres en la frase se expresaba ó bien me-

dante el orden de colocación de los temas, ó bien por medio de otra palabra, que, sin que podamos saber á ciencia cierta lo que fuera en un principio, venía á expresar la relación que en el compuesto se sobrentendía, y esta palabra, que indicaba, como nuestra preposición, la relación sintáctica que media entre dos nombres, se colocó después del elemento determinante y entre las dos cuya relación sintáctica expresaba, presentándose ya unida por el fin á la primera en la época histórica. Así explica nuestro nuevo compañero la formación de las desinencias casuales, y añade que con el andar del tiempo, ya fuese por el desgaste que habían sufrido, ó ya porque connaturalizado el pueblo con su uso no le ofreciesen novedad alguna ó no le satisficiesen ya las exigencias de su viva imaginación, fué debilitándose poco á poco en la conciencia popular la significación que las desinencias tuvieron en un principio, y se impuso la necesidad de sustituirlas con otras palabras; y el pueblo, para reforzar el sentido de las desinencias, que se iba perdiendo, echó mano de las preposiciones, colocándolas delante de la palabra determinante, y no detrás, como había colocado las desinencias, y de esta manera la palabra expresiva de la relación sintáctica quedaba en las lenguas neo-latinas entre los dos términos que relacionaba entre sí, es decir, en el mismo lugar que ocupaba en la lengua madre. Así, atribuyéndole origen psíquico y no mecánico, explica el Sr. Alemany la transformación de la flexión nominal latina en la declinación preposicional de las lenguas romances. A este fin advierte que para indicar en la frase aquellas relaciones de los vocablos, que no aparecían bien determinadas por los casos de la declinación, tuvo bastante el autor del *Hitopadeza* con hacer uso de la preposición setenta y siete veces, doce antepuestas al caso y sesenta y cinco pospuestas; de donde infiere que cuando el pueblo, para precisar mejor la significación de los casos comenzó á usar de las preposiciones, se vió arrastrado por su propio instinto á colocarlas pospuestas al caso, del mismo modo que antes había colocado las desinencias, hasta que poco á poco, y por virtud de la evolución lingüística iniciada ya en la lengua indo europea, llegó á colocarlas delante en las lenguas derivadas.

En el substancioso artículo que dedica al estudio de las formas verbales prevalece el mismo criterio. En toda forma verbal distingue el Sr. Alemany dos elementos; uno que representa la idea atri-

butiva que se afirma ó predica del segundo, y éste que representa el sujeto, persona ó cosa de quien se afirma ó predica la atribución significada por el primero: hay pues entre ambos una relación sintáctica; y lo mismo que en el nombre, se descubre en el verbo el procedimiento psíquico de expresar el elemento determinante delante del determinado, ó sea el regido antes que el regente. Las desinencias del verbo tuvieron el mismo valor que los temas de los pronombres personales; y por eso explica que se omitan con tanta frecuencia los sujetos de primera y segunda persona, y aun los de tercera en determinadas circunstancias; pero empezó á debilitarse y llegó hasta borrarse por completo en la mente popular el sentido de las desinencias verbales; y así como en idénticas circunstancias reforzó el instinto popular las desinencias casuales con las preposiciones sus equivalentes, posponiéndolas primero y anteponiéndolas después, del mismo modo reforzó las desinencias verbales con sus equivalentes los pronombres personales hasta llegar á anteponerlos al verbo.

Expone después con admirable claridad los elementos constitutivos de la flexión verbal, y comparando el sánscrito, latín y griego, deduce que sólo éste, merced á la potencia intelectual del pueblo que lo habló, pudo conservar en uso aquella conjugación tan variada, que en cada una de sus formas presentaba fundidas las ideas de atribución, de tiempo, de modo, de persona, número y voz, exceptuando las de indicativo é imperativo, en las cuales falta el elemento modal, lo mismo que en latín. Analiza la composición de los tiempos perfectos de la conjugación latina (*em-ero, amaveram*), y los encuentra formados por dos elementos, de los cuales va en primer lugar el tema del verbo, que representa la atribución, y en segundo el verbo auxiliar, que significa el tiempo; y hace notar que, cuando con el transcurso del tiempo desechó el pueblo dichas formas, al satisfacer la necesidad de sustituirlas con otras nuevas, aparece en ellas el elemento temporal delante del atributivo, y así decimos *yo había amado* por *amado había*. De suerte que, por virtud de la tendencia analítica, en las equivalencias de los casos y de las formas verbales, colocamos en castellano delante el elemento que en latín va detrás.

El examen que hace luego de las conjunciones pospositivas en sánscrito, griego y latín, confirma la cualidad de ascendente, que desde los comienzos de su discurso atribuye á la construcción de

la frase en la primitiva lengua indo-europea. La construcción del pronombre relativo, sobre todo en la lengua sánscrita, en la cual éste precede al término que nosotros llamamos antecedente, es una confirmación más de la misma tesis, y aunque en las lenguas clásicas, griega y latina el antecedente precede al relativo, no faltan en ellas ejemplos de lo contrario.

En el último artículo, que dedica al examen de la construcción de la frase en las lenguas tártaras, da por sentado, que del estudio comparativo de las lenguas sánscrita, griega y latina debe inferirse, que aquello que las tres hermanas tengan de común ha de considerarse como carácter propio y peculiar de la primitiva lengua indo-europea; y que, por tanto, el orden en que aparecen colocados los elementos formativos de los nombres y los significativos de la relación sintáctica en que dichos elementos pueden hallarse en la frase, y el que observan en el compuesto, cuando omitido dicho elemento de relación se entiende ésta indicada por el lugar que ocupan en él los temas que lo forman, es el mismo orden que dichos elementos en las mismas circunstancias ocupan en la lengua indo-europea. La deducción no puede ser más evidente, como no puede ser más firme y seguro el procedimiento empleado por el Sr. Alemany para llegar á ella. Como en las lenguas todo es sintaxis, el orden, ó si se quiere sistema seguido por la lengua indo-europea en la formación de las palabras tenía ya que ser el mismo que empleó en la construcción de la frase, ya que al relacionar en ella los nombres no podía desentenderse el pueblo de su psíquica lingüística, colocándolos en orden distinto de aquél en que los colocaba en el compuesto. Por consiguiente, en la primitiva lengua indo-europea, como en sus derivadas sánscrita, griega y latina, la construcción era ascendente. De ella á la descendente propia de las lenguas indo-europeas, no se ha pasado de un salto, sino gradualmente y poco á poco: por eso á la sintaxis histórica, según el nuevo Académico, corresponde el estudio de esa gradación en cada una de las ramas de la familia indo-europea; á él le basta, por ahora, con indagar cuándo y por qué se inició el cambio de la construcción ascendente de la primitiva lengua indo-europea en la descendente de sus derivadas. En este punto, el Sr. Alemany opina que esa evolución se inició en época remotísima, anterior á la invención de la escritura, y que fué obra de la tendencia analítica del espíritu indo-europeo, secundada por las doctrinas de los gramáticos y filósofos;

por eso al hecho de haber permanecido en estado inculto y semi-bárbaro los pueblos germanos hasta muy entrada la Edad Media, atribuye el que entre ellos quedara paralizada esa evolución en el punto en que hoy nos la ofrece su lengua. Y no da á ese problema solución más categórica, porque pesa mucho en su ánimo, y con razón, de una parte, el hecho de que la construcción del griego moderno sea casi la misma que la de las lenguas neo-latinas, á pesar de la gran influencia de su tradición literaria, y de otra la observación de que el turco y demás lenguas tártaras conservan en la actualidad la construcción ascendente que primitivamente tuvieron. Por donde claramente se ve que el Sr. Alemany no se deja llevar fácilmente de preocupaciones de escuela en sus lucubraciones, sino que tiene muy en cuenta los hechos de todo género y cuantos datos le suministran la experiencia y el estudio, concediendo á cada uno la importancia que verdaderamente tenga, y llegando en sus deducciones á extremos, que acaso á los partidarios incondicionales de ciertas doctrinas parecerán temerarios, y, sobre todo, á aquellos que no sabiendo ó no pudiendo remontar su espíritu á las alturas á que se remonta el Sr. Alemany en sus investigaciones, son incapaces de comprender como él, que en realidad no existe lo que los preceptistas llaman sintaxis natural y figurada, construcción directa é inversa, porque tales conceptos son muy relativos: el único concepto positivo es el de sintaxis, es decir, el de unión de unas palabras con otras por la relación que entre ellas establece, primero en el pensamiento, y después en la frase nuestro espíritu.

Tal es, señores Académicos, trazada á grandes rasgos la síntesis de la doctrina expuesta por el nuevo Académico en su por más de un concepto notable discurso. En él se plantea con toda claridad y se resuelve con la posible exactitud un hondo y transcendental problema filológico, en el que hasta hoy no ha penetrado, que yo sepa, la mente de ninguno de los filólogos más eminentes de Europa; problema cuyo solo planteamiento supone una gran potencia intelectual y una inmensa cultura filológica, puesto que en él se trata de indagar por qué el orden de las palabras que en las lenguas neo-latinas forman un grupo sintáctico es descendente, cuando en la lengua madre, en la primitiva lengua indo-europea, era ascendente, como en sus inmediatamente derivadas sánscrita, griega y latina. Por la sencillez, concisión y claridad en la exposición de asunto tan complicado y difícil; por la solidez y encade-

namiento lógico de los raciocinios; por la copia y variedad admirable de los datos, hechos y observaciones aducidas, y hasta por el procedimiento rigurosamente científico y verdaderamente racional seguido en el desarrollo de su tesis, sin temor de que califiquéis de hiperbólicas mis palabras, yo me atrevo á afirmar, que en el discurso que para su recepción en nuestra Academia ha leído el señor Alemany, se contiene un interesantísimo capítulo que á Bopp se le olvidó escribir en su monumental y clásica *Gramática Comparada* de las Lenguas indo europeas.

HE DICHO.

Madrid 18 Febrero 1909.

